



BOISILIBROS
EASA

TERROR

B

Walls

S

KS

CHOIC

AND BUDGETARY
IN THE FUTURE

REVENUE

Kellton
McIntire

LA INVASION
DE LOS ANTROPOSAURIOS

Wally P. King

LA INVASION DE LOS ANTROPOSAURIOS

Kellton McIntire

TERROR



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© KELLTON McINTIRE

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03210-3

Depósito legal: M. 33.488 - 1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

Era un verano tan tórrido que los pajarillos de Vanner Park caían de los árboles, asfixiados.

Precisamente hacia el 20 de julio, Evan Harper estaba haciendo las maletas, dispuesto a gozar de sus vacaciones estivales en un clima mas benigno, cuando recibió la llamada del comisario Croftson.

- Olvídense de las vacaciones por el momento, Evan. Le necesito. Venga urgentemente a comisaría —le indicó su jefe.

-¡Pero...!

- Ha ocurrido algo horrible, pero no quiero hablar por teléfono —

confesó Croftson. E insistió—: No tarde. Evan. Le necesito.

El teniente Harper se dio a todos los diablos.

- Pero, ¿es que uno no puede gozar tranquilamente de un descanso como cada hijo de vecino -gruñó, con toda razón, después de colgar el teléfono con un violento manotazo que traslucía la irritación que le dominaba.

Tenía toda la razón del mundo.

Desde tres años atrás, cuando llegaba el verano surgía alguna complicación que le impedía gozar de las vacaciones estivales.

El año anterior, una banda de estafadores Ínter nacionales había invadido precisamente en verano, la tranquila ciudad de Wínd Gardens, de poco más de trescientos mil habitantes.

En otra ocasión fue la epidemia del tifus, que causo estragos entre la población y exigió la colaboración de todas las fuerzas gubernamentales... incluido el teniente Evan Harper.

Más lejos aún en el tiempo, Evan se vio forzado a posponer su descanso para dedicarse de lleno a la investigación de los enigmáticos sucesos relacionados con la desaparición de Sam Herwkins, un importante hombre de negocios de la ciudad de Wind Gardens.

Y ahora, ..

¿Qué tripa se le habría roto ahora al comisario Croftson?

Evan Harper era por lo común, un hombre joven, animoso, de excelente carácter y gran humanidad. En Wind Gardens, Harper contaba los amigos por millares, porque venía a representar la imagen del policía joven, culto, amable, inteligente y digno de la confianza de los ciudadanos.

Pero ahora... ahora se sentía de un humor de todos los diablos. Sus ojos oscuros —su madre era mexicana—, arrojaban chispas, su entrecejo se había fruncido en un gesto belicoso e irritado y sus mandíbulas se apretaban peligrosamente.

Estaba tratando de imaginarse el motivo que iba a echar por la borda sus vacaciones- Y por más que se esforzaba, no conseguía adivinarlo.

En verano, la población se veía reducida a la mitad. La otra mitad estaba compuesta por gente joven y ansiosa de cambiar de aires que se marchaba a gozar del descanso estival hacia la costa del Pacífico, México, Barbados o las playas de Miami y otros puntos del Atlántico.

En verano, en Wind Gardens solo quedaban los ancianos, los que

gustaban del sosiego, los más humildes, los que cubrían los servicios indispensables y... algún policía como Evan Harper.

— Es raro que en verano tengan tugar incidentes en esta ciudad —se dijo Evan Harper, encolerizado.

No valía de nada seguir lamentándose.

Después de echar una triste mirada a sus maletas a medio hacer, Harper abandonó su hotelito de Green Palms, arrancó de un pedalazo su recién estrenada «Honda» electrónica y se trasladó a la comisaría a través de las calles que despedían aire abrasador.

En el cuerpo de guardia había una cierta conmoción. Pero Bill Shafers se apresuró a decirte:

Pase al despacho, teniente. El comisario te está esperando.

Caminó a lo largo del pasillo y empujó, sin llamar, la puerta de Barney Croftson.

Frente al comisario, ocupando una silla, se encontraba un fornido hombretón a Quien Evan conocía de vista, el ingeniero Thad Delaney. Harper se detuvo, impresionado, al escuchar los desgarrados gemidos que agitaban al corpulento Delaney.

Evan interrogó a Croftson con la mirada

Pero el comisario dedicaba toda su atención al intercomunicador.

- La ambulanca estará aquí en unos minutos, señor Delaney dijo Croftson. Y añadió—:

Comprenda que en estas circunstancias, lo mejor es que le atiendan en el hospital.

Nunca había visto Harper a su jefe tan sombrío e impresionado.

Por otra parte, escuchar los profundos sollozos del ingeniero Delaney era una experiencia estremecedora.

¿Qué había ocurrido?

Croftson acababa de rodear su mesa y atendía como mejor que podia al desconsolado Thad Delaney.

Del exterior llegó el sonido hiriente de una sirena. Poco después, un medico y dos enfermeros penetraban en el despacho, precedidos del agente Shaffers.

Fueron unos momentos especialmente emotivos.

Delaney, completamente derrumbado física y psíquicamente, apenas era capaz de dar unos pasos, de modo que el médico y los enfermeros

hubieron de ayudarlo a caminar a través de los pasillos.

Cuando Croftson y Harper quedaron solos, el comisario dejó escapar un prolongado suspiro.

—Esté bien, diga lo que sea de una vez —demandó Harper, el borde de la paciencia.

¡Espantoso!—gruñó Croftson —. ¡Es increíble!

— Pero, ¿qué es lo espantoso e increíble? El comisario le miró con reproche,

—¿No ha visto a ese pobre hombre que acaba de salir, completamente destrozado? Usted, probablemente, conoce a Thad Delaney.

— ¡Sí, si, lo conozco! Pero...

— Un hombre honrado, laborioso, infatigable. Un profesional prestigioso, que ha dirigido numerosas obras públicas en la comarca... También él se disponía a marchar de vacaciones.

Probablemente, los Delaney hubieran abandonado esta ciudad mañana o pasado, camino de Europa, donde viven sus únicos parientes. La esposa de Delaney, que murió en un accidente de automóvil hace poco mas de dos años, era francesa...

— Lo sé. Sin embargo...

— Déjeme continuar, Evan -pidió Croftson — . Para los Delaney eran sus primeras vacaciones después de la muerte de Regine Delaney. pero el ingeniero debía terminar unos bocetos para la empresa eh que trabaja, antes de abandonar la ciudad. Delaney tiene... —Croftson rectificó rápidamente—: Quiero decir... Tenia tres hijos; Chand, de dieciséis años, que pensaba ingresar en la Universidad el próximo octubre, Ted, de catorce y la pequeña Gloria, de once. Esta mañana, los tres decidieron pasar unas horas pescando en el lago Gladmoore...

Según Croftson, los chicos disponían de un bote plegable.

— Su padre confiaba en ellos, pues eran chicos juiciosos y responsables, sobre todo Chand. el mayor de ellos. Además, llevaban un radio-transmisor portátil, como habían hecho en otras ocasiones. De esta forma, su padre tenía la seguridad de que los chicos le llamarían en caso de encontrarse en apuros. Habían utilizado ese sistema en otras ocasiones, siempre que se alejaban de la ciudad y les había dado un excelente resultado —explicó el comisario.

—¿Y bien...? ¿Qué ha sucedido ¿Se ahogaron? —preguntó Harper, incapaz de seguir callando por mas tiempo.

Croftson apagó el cigarrillo sobre el cenicero.

—Peor que eso. Los asesinaron y despedazaron —replicó el policía. Había seguido paso a paso los acontecimientos.

Chand. Ted y Gloria Delaney se habían trasladado al borde oriental del Gladmoore Lake en dos motocicletas de pequeña cilindrada.

El lago se encontraba hacia el Sur, a una distancia inferior a los diez kilómetros. No era una inmensa extensión de agua sino apenas una laguna de unos cuatro kilómetros de longitud por poco más de dos de anchura.

El caudal del Gladmoore era alimentado por la exigua corriente del Hunter River, que rodeaba la ciudad de Wind Gardens por su costado occidental.

El Hunter River era peligroso en invierno, cuando las aguas de deshielo provenientes de Everglace Rocks bajaban impetuosas y, en ocasiones, se producían riadas. Pero en verano el río era poco más que un regato.

En el lago Gladmoore había pesca abundante. Excepto durante el tórrido verano, sus orillas eran visitadas frecuentemente por grupos de excursionistas y pescadores, que solían pasar una jornada entera al borde del lago.

Los tres hijos de Thad Delaney se habían puesto en camino después del desayuno. Hacia las ocho de la mañana, los tres se despidieron de su padre, subieron a sus maquinas y se alejaron hacia el lago.

Comunicaron con su padre poco después de las doce.

Gloria no cabía en sí de gozo... (Había pescado un black-bass de casi un kilo!

Delaney trabajaba confiadamente en su despacho.

Sus tres hijos eran excelentes nadadores. ¡Chand incluso había ganado un trofeo en un reciente campeonato local de velocistas).

Probablemente, los chicos tomarían un baño hacia las doce y poco después volverían a Wind Gardens para almorzar con su padre.

Pero a las doce y cuarto, el radio transmisor que Thad Delaney tenía sobre su mesa de trabajo dejó escapar un zumbido de aviso.

E inmediatamente se oyó la voz entrecortada de Chand. ¡Papá! Gloria ha caído al agua! ¡He saltado fuera del bote y buscado durante cinco minutos...! ¡Dios mío, no he logrado encontrarla?

Delaney se puso en pie de un salto, con el radio-transmisor apoyado en sus labios.

—¡Pero eso es imposible, hijo! ¡Tu hermana sabe nadar perfectamente! Oyó los sollozos desgarradores del muchacho.

- ¡Ya lo sé, papá! Pero hay.. ¡hay algo extraño en todo esto! Ted y yo estábamos a popa y ella se encontraba en proa. Ni siquiera sabemos como sucedió... Ted dice... ¡dice que le pareció ver una mano que surgía del agua y arrastraba a nuestra hermana!

Delaney se atragantó.

— Pero... no puedo comprender...

—Por lo que más quieras, papa, ven inmediatamente! Está ocurriendo algo... no sé cómo explicártelo. (El bote oscila violentamente a babor y

estribor...! Ted acaba de caer al agua. ¡Voy a...!

La comunicación se interrumpió inmediatamente.

Thad Delaney gritó sus frenéticas llamadas a través de su aparato. Hasta que enronqueció. Pero no obtuvo ninguna respuesta.

Locamente, se echo a la calle y se abalanzó hacia su automóvil en el momento en que su vecino, Harold Graiman. Llegaba a bordo de su descapotable.

Delaney pidió su ayuda a gritos y Graiman saltó fuera de su coche y se reunió con su amigo.

No hizo preguntas en aquel momento. El rostro de Delaney era suficientemente expresivo. Graiman sabía que el ingeniero necesitaba urgentemente su ayuda.

El «Cadillac» de Delaney se despegó de la acera y se alejó a toda velocidad hacia el camino del lago.

Cuando alcanzaron el borde septentrional. Graiman estaba al tanto del asunto. Como los chicos de Delaney preferían siempre la orilla oriental, el «Cadillac» siguió el sendero que corría al borde del agua.

A dos kilómetros de distancia, encontraron las dos motos y las mochilas de los excursionistas.

No había nadie a la vista. Las orillas del lago estaban desiertas. Un sol implacable arrancaba un cegador reverbero de la lisa superficie lacustre.

En el centro del lago, el bote plegable se deslizaba lentísimamente hacia el Sur.

La pequeña y liviana embarcación se encontraba a casi un kilómetro de distancia de la orilla.

Delaney era un experto nadador, pero dada tal agitación que le embargaba, su amigo decidió que se quedara en la orilla.

De modo que Harold Graiman se desnudó rápidamente y arrojóse al lago.

Tardó algo más de veinte minutos en alcanzar el bote, que estuvo a punto de volcar cuando Graiman lo abordó.

De todas formas y con la suficiente maña, consiguió finalmente subir a bordo.

Sin embargo, permaneció más de diez minutos en el centro del lago, sin moverse.

¿Qué estaba haciendo?, se preguntó Delaney, impaciente y preocupado.

Por entonces, ya estaba en su mente la sospecha de que algo irreparable había ocurrido a sus hijos.

Al cabo, Delaney advirtió que el bote ponía proa a la orilla en que el

ingeniero se hallaba.

Avanzaba con tal lentitud, que Delaney sintió los nervios a flor de piel. Pero cuando el bote se aproximó un poco, comprendió la razón de aquel lento avance: Graiman se veía obligado a remar con sus propios brazos -de bruces sobre la proa—, para hacer avanzar la embarcación.

A cien metros de la orilla, Harold gritó: -,Vuelve a la ciudad y avisa a la policía. Pero el ingeniero no se movió de allí.

— ¿Qué es lo que has encontrado? -gritó a su vez, con voz descompuesta. Graiman tardó en responder. Había logrado detener el bote a distancia prudencial y volvió a gritar;

— Es mejor que no lo veas, Thad! ¡Por amor de Dios! ¿Quieres hacer lo que te digo Ve a Wind Gardens y avisa a la policía. Yo aguardaré aquí.

Desorientado y al borde del ataque de nervios, el infeliz Thad Delaney retrocedió hasta su automóvil, arrancó e hizo la maniobra necesaria para dar la vuelta en el angosto sendero.

Veinte minutos después, dos automóviles aparecieron en el borde del lago. Delante iba un auto-patrulla. Delaney seguía en su «Cadillac» a los policías.

Del automóvil policial descendió el sargento Bunmgan, otros tres policías de uniforme.

Harold Graiman hizo avanzar lentamente el bote.

Mantengan a Delaney a distancia conveniente —suplicó Graiman -. Creo que lo más sensato es que no vea lo que hay dentro del bote.

Dos de los policías retrocedieron y se quedaron con Thad Delaney en el «Cadillac»

entretanto. Harold «remó» con sus propios brazos y el bote plegable se aproximó a la orilla, donde aguardaban el sargento Bunnigan y el agente Peters.

Lo que vieron les dejó consternados.

Harold Graiman, con el pecho y los miembros manchados de sangre y el fondo del bote convertido en una carnicería.

El cuerpo aparecía completamente despedazado. Había una pierna, cortada por encima de la rodilla, cuyo pie aparecía por encima de la borda. Una cabeza manchada de sangre, los brazos arrancados, el tórax destrozado.-.

Harold Graiman temblaba de pies a cabeza cuando saltó fuera del bote y comenzó a arrojar en el cuerpo agua, para limpiar la sangre reseca, adherida a su pecho, brazos y piernas.

No era extraño, puesto que el fondo del bote —lona impermeable—, era un verdadero charco de sangre.

— Es Chand. el mayor de los hijos de Thad Delaney —dijo Graiman con voz ronca, cuando terminó sus abluciones. Y señalaba el cuerpo descuartizado.

Tras superar el impacto emocional que la visión de aquellos pobres restos les produjo. Bunnigan y el agente Peters tiraron del bote hasta dejarlo en tierra.

—Vístase y acompañe a su amigo a la ciudad —indicó a Graiman el sargento — . Uno de mis agentes les acompañará.

Camino de Wind Gardens, Delaney conoció la terrible verdad. Durante el camino, su resistencia emocional cedió y el ingeniero estalló en un alarido impresionante.

Luego se arrojó locamente hacia adelante e intentó sacar el revólver que llevaba en el guantero del «Cadillac».

Por fortuna, entre el agente Chace y su amigo Graiman consiguieron dominarle y arrebatarle el revólver.

Porque Delaney había enloquecido y pretendía suicidarse.

De todas formas, en la comisaria, el doctor Barnes le inyectó un sedante, dado el paroxismo nervioso que padecía el infeliz padre.

Le dejaron descansar un rato, mientras Harold Graiman se entrevistaba con el comisario Croftson y le hacía un breve relato de lo sucedido.

Poco después, Croftson aconsejó a Graiman que se fuera a descansar. E inmediatamente llamó a Evan Harper, con la esperanza de que el teniente no hubiera partido aún.

Entretanto, numerosos efectivos de la policía partieron hacia el lago Gladmoore. Llevaban varias lanchas «Zodiac con motor fuera de borda, para patrullar el lago, si era necesario.

Mientras llegaba Harper, Croftson se puso en contacto telefónico con las comisarias de las ciudades próximas y dio la alarma: debía detenerse a cualquier sospechoso.

Siguiendo sus instrucciones, los agentes cargaron el bote plegable a orillas del lago en un furgón policial, que se dirigió con su macabra carga al depósito de cadáveres de Wind Gardens

Más tarde, el comisario y Evan Harper se trasladaron al lago.

-¿Tiene alguna idea, jefe? preguntó Harper. cuando se aproximaban al Gladmoore Lake.

Croftson reflexionó antes de responder a la pregunta.

Los chicos de Delaney fueron atacados por un loco, ésa es la respuesta. ¿Cómo explicarse, si no, esa atroz carnicería? Imaginemos que un vagabundo se encuentra en la margen del lago cuando aparecen los hijos de Delaney... El hombre es un buen buceador, no cabe duda. O

tal vez poseía un equipo de respiración autónoma, uno de esos balones de oxígeno que utilizan los hombres-rana...

— ¿Cree que le atrajo la presencia de la chica? — sugirió Evan.

- Si, eso es lo que pienso, de momento. El tipo debía ser un solitario, uno de esos individuos llenos de complejos y obsesiones sexuales. Recuerde lo que dijo Chand por el radio-transmisor, antes de ser atacado: «Ted dice que le pareció ver aparecer una mano que surgía del agua y arrastraba a nuestra hermana...» Era la chica, la que le interesaba a ese perturbado.

Y usted piensa que si mató a Ted y a Chand. lo hizo. simplemente, para no dejar testigos...

-¿Por qué no? Es posible que Ted o su hermano vieran surgir su cabeza del aquí...

— ¡Pero ese horrible descuartizamiento...! —exclamo Harper—. No era necesario.

Ya conoce mi hipótesis, Evan. el asesino es un perturbado, un obseso... ¿Quién puede encontrar explicación razonable para las acciones de un loco - exclamó el comisario.

El automóvil se detuvo a orillas del lago. Tres lanchas recorrieron lentamente la superficie, esperando encontrar los cadáveres de Gloria y Ted Delaney.

Entretanto, policías con la ayuda de sabuesos registraban palmo a palmo las arboladas orillas de Gladmoore Lake. La vegetación era espesa a orillas del lago, pero la franja de verdor sólo tenía una anchura inferior a los cien metros.

De todas formas, al desequilibrado asesino le sería prácticamente imposible escapar o esconderse. A excepción del lago y sus alrededores, el terreno era liso y no ofrecía accidentes geográficos que pudieran servir de refugio al fugitivo. Cuando los dos policías se acercaron a la orilla, se oyó un fuerte zumbido en el aire.

-Ya estén ahí los helicópteros - comentó Harper, señalando a los dos aparatos que sobrevolaban el lago-. Si ese tipo ha optado por alejarse, no le dejarán ir muy lejos.

Los rayos del sol eran tan ardientes a las tres de la tarde, que se vieron forzados a volver al vehículo y buscar un lugar a la sombra.

Bajo los árboles, la tórrida temperatura era más soportable. Harper bajó del coche y encendió un cigarrillo.

Un momento después, volvió y recogió unos prismáticos de largo

alcance, a través de cuyos prismas siguió las evoluciones de las lanchas de un extremo a otro del lado.

Según sus cálculos, el caso estaría resuelto en pocas horas... gracias a los radio-transmisores que utilizaba la familia Delaney, lo cual había permitido a la policía intervenir

una hora después de que Chand enviase la alarma a su padre a través de las ondas.

El asesino —si se trataba de una sola persona—. no podría ir muy lejos. Más allá del lago, el páramo se dilataba hasta perderse de vista. También se perdían las aguas del Gladmoore, que corrían a través de varias estrechas acequias para regar las sedientas tierras del Sur.

En el llano, los de los helicópteros verían inmediatamente a cualquiera que tratase de huir, fuera a pie o en algún vehículo motorizado. Y una vez detenido aquel peligroso desequilibrado, el asunto estaría resuelto.

De modo que Evan Harper, con un poco de suerte, podría, por fin, *gozar* de sus vacaciones.

Pero los acontecimientos no iban a seguir el curso deseado por Harper.

Una hora más tarde, volvieron los helicópteros. Según el informe que enviaron por radio al automóvil del comisario Croftson, habían recorrido minuciosamente un área de mas de cinco mil kilómetros cuadrados, sin ver un alma, sin detectar nada sospechoso.

Los helicópteros se retiraron y Croftson dedicó toqa su atención al lago.

- Eso quiere decir que los cadáveres de Ted y Gloria Delaney continúan ahí. probablemente en el fondo del lago
—comento.

Llamó por radio a la Base de Fort Cardigan y recibió la promesa del coronel Gordon en el sentido de enviarles tres lanchas a motor y un equipo de expertos hombres-rana, que llegarían a su destino en poco más de una hora.

Croftson se hizo traer algunos bocadillos y una nevera portátil con cerveza fría. Allí en mangas de camisa a orillas del lago. Harper él y aguardaron la llegada del comando militar, que arribó al Gladmoore hacia las cuatro y media.

Las potentes embarcaciones fueron botadas al agua por un camión-grúa y dieciocho submarinistas se pusieron a la tarea de explorar el fondo *del* lago.

Lentamente fue discurriendo la calurosa tarde. Finalmente se hizo de

noche y una fresca brisa recorrió el lago.

Pero los cuerpos de Gloria y Ted Delaney no fueron hallados.

CAPITULO 2

CROFTSON estaba de un humor insoportable, por lo que Evan Harper abandonó la comisaria al anochecer, dispuesto a respirar un poco de aire fresco.

Naturalmente, el comisario tenía sus razones para sentirse tenso y malhumorado. Cuatro días habían transcurrido desde que se produjeran los dramáticos acontecimientos del Gladmoore Lake y la investigación no había avanzado un milímetro.

Los hombres-rana de la Base Fort Cardigan se habían marchado el día anterior. No podían hacer más: según ellos, los cadáveres de los dos hijos de Thad Delaney no se hallaban en el fondo del lago. Y tenían razón para estar seguros: habían utilizado sofisticados y modernísimos medios en la búsqueda, pues al segundo día los de la Armada pusieron a su disposición un modernísimo submarino de bolsillo, a bordo del cual dos hombres recorrieron palmo a palmo las profundidades del lago. Sin hallar los cadáveres de Ted y Gloria, como se ha dicho.

Harper apenas podía creerlo: no solo se había esfumado el asesino, sino también los cadáveres de sus víctimas, a excepción del de Chand Delaney, cuyos pobres restos descansaban en un cajón frigorífico de la Morgue a la espera de ser sepultados cuando el forense diera su autorización.

Pero el doctor Aldous Barnes había llevado a cabo ya la autopsia.

Tras el informe forense —que Harper había leído atentamente—, el misterio se tornaba aún más impenetrable.

Harper se había preguntado, perplejo, de qué medios se habría servido el asesino para descuartizar el cuerpo de Chand Delaney.

Era evidente que no pudo realizar tan macabro trabajo con sus propias manos, pues Chand. a pesar de sus dieciseis años era un joven muy alto y musculoso.

Harper había supuesto, por tanto, que el criminal tuvo que ayudarse de alguna herramienta para perpetrar el descuartizamiento.

Pero el informe del doctor Barnes no coincidía con tal suposición.

Decía:

"Los tejidos y los huesos presentan desgarros propios de una tortísima dentadura. Vistos al microscopio, los cortes parecen hechos por poderosos

y afilados caninos,..»

Esto era inaceptable para una comprensión humana...I Porque si se interpretaba literalmente el informe forense, habría que admitir que el cuerpo de Chand había sido destrozado por las mandíbulas de un animal.

Sólo que... en el lago Gladmoore no había otra cosa que tencas, lucios, percas y black-bass, algunos de ellos muy voraces, pero incapaces de saltar a un bote y destrozarse a bocancho limpio el cuerpo de un joven musculoso como Chand.

Pero Aldous Barnes era un médico prestigioso y un cirujano muy experto, además del forense oficial del condado de Wind Cardens. Hasta aquel momento, ni una sola vez había fallado en sus diagnósticos referidos a autopsias, de las cuales había realizado más de un centenar.

¿Entonces...?

Harper tenía la cabeza caliente. Cansado de esbozar calenturientas posibilidades, entró en la cervecería «Cristos» y pidió al griego una monumental jarra de cerveza que comenzó a beber a pequeños sorbos.

Estaba gozando del sencillo pero incomparable placer de meterse un litro de fría cerveza entre pecho y espalda, cuando le abordó una muchacha pecosa y con gafas.

— ¡Oh, no! —exclamó el policía, aterrado—. ¿Otra vez tú. Sybil?

-Vamos, teniente Harper. ¡ni que hubiera visto al coco!- comentó la joven—. ¿Tan desagradable me encuentra?

Harper la miró de reojo.

Ciertamente, Sybil Graham era muy atractiva, si bien su aspecto podía mejorarse mucho con sólo que la muchacha asistiera de vez en cuando a una peluquería. Tampoco estaría de más que cambiara aquellos viejos lentes de ancha y negra armadura por unas gafas más de acuerdo con el óvalo de su cara y con sus picarescos ojos verdes.

— ¿Que le ocurre? —insistió la incisiva reportera del «The Morning News», el único diario de Wind Gardens—. Parece muy preocupado, teniente.

— ¿Preocupado? - Harper sonrió forzosamente—. No. Cansado, si acaso.

- El caso Delaney, naturalmente -dijo Sybil-. ¿Qué piensa acerca de las misteriosas desapariciones de Ted y Gloria Delaney?

-Ya está dicho todo -contestó el policía, nervioso-. El comisario Croftson hizo unas declaraciones a la prensa, ¿no es cierto?

Sybil sonrió con picardía.

- Croftson habló durante diez minutos, pero no dijo nada -expresó el joven con desparpajo. Y añadió:- A mi no pueden engañarme. Harper. Aunque oficialmente, Ted y Gloria sólo se han dado como «desapariciones», es de suponer que están muertos. Y yo me atreverla a ir aún más lejos...

Harper, que acababa de llevarse la enorme jarra de cerveza a los labios, se atragantó al escuchar a Sybil.

—¿A qué te refieres? —gruñó, después de toser desaforadamente hasta aclararse la garganta.

- Esos chicos fueron *devorados* —susurró la joven. Harper dejó violentamente la jarra de cerveza sobre la barra.

Miró encolerizado a Sybil y murmuró, esforzándose en controlar su voz:

—¿Y tú pretendes obtener mis confidencias? Tú. que eres capaz de elucubrar ideas tan peregrinas y descabelladas...! ¡Serías capaz de deformar por completo mis declaraciones

Sybil no se inmutó. A pesar de su juventud, tente fama de tenaz y correosa entre los profesionales de te prensa.

— No se trata ahora de deformar las declaraciones de un policía —respondió—. Se trata únicamente de mis propias ideas. Y créame, teniente, sólo trato de ayudarle. *Sé Que* el caso Delaney desborda sus posibilidades profesionales.

— Pero..,! —barbotó Harper, herido en su amor propio.

— La idea de que en Gladmoore Lake habita un monstruo devorador de personas es mía, absortamente mía —insistió la joven.

— ¡Ah, ya! Una clásica «serpiente de verano» » -se burló el policía.

Sybil se puso cómicamente seria. ,Nada de «reptiles veraniegos» —protestó la muchacha con ardor—. Mi hipótesis se basa en datos absolutamente fidedignos. Usted mismo, Harper, si dedicara algún tiempo a reflexionar, podría establecer posibilidades insospechadas...

— No entiendo una palabra — respondió el policía. Y bebió un largo trago de cerveza.

— Lo suponía —observó Sybil, con sarcasmo—. La verdad es que nadie piensa que nuestra policía posea otras capacidades que aquéllas de detener a borrachines y fanfarrones de barrio. De todas formas, le explicaré algunas cosas interesantes si me invita a una jarra de cerveza.

Evan se quedó mirándote, estupefacto.

— ¡Increíble! —exclamó, irónico—. ¿Aún sigue aferrada a la idea de

un monstruo devorador de hombres que tiene su guarida en Gladmoore Lake?

—No necesariamente en el lago —respondió la mujer—. Aunque reconozco que allí fue donde se produjo el primer ataque de los últimos tiempos.

— ¿Últimos tiempos- se asombró el policía —. Aclárame ese galimatías.

— Primero la cerveza -exigió la decidida periodista—. Estoy deshidratada después de recorrer la ciudad de un extremo a otro. Y lo que gano en »The Morning News« no da para tirar mucho-

Harper llamó la atención del camarero y le encargó una jarra de cerveza.

Mientras la servían, sacó un paquete de cigarrillos y se puso uno en los labios. Antes de que guardase la cajetilla. Sybil le había arrebatado diestramente otro cigarrillo, que el policía le encendió, un tanto asombrado por la osadía de la guapa rubia.

Cristos puso ante ella una jarra rebosante de espuma. Sybil se relamió por anticipado y dio un largo trago, tras lo cual dejó escapar un prolongado suspiro de satisfacción.

— Esta bien —dijo Harper—, Explícate ahora. No es que tome en consideración tus locas ideas, pero me vendrá bien escúchate. Tal vez incluso me ría-

—¿Usted cee? -los ojos verdosos chispearon—. De acuerdo... En primer lugar, dígame una cosa, teniente: ¿conoce la biblioteca de Wind Gardens? Me refiero a la de los servicios municipales. ¡No, no es necesario que responda! Veo por su expresión que no tiene ni idea. Por tanto, no creo que conozca al detalle la historia de esta ciudad.

Perplejo, Harper hubo de reconocer que no conocía grandes cosas relacionadas con Wind Gardens.

-¿Lo ve? -exclamó Sybil, con tono festivo-. Si hubiera leído el diario de Zane McGulligee, sabría que fue aquel extraño personaje quien, con once de sus esposas, levantó unas cabanas donde hoy se alza el edificio del City Hall. Esto ocurría en 1840. Veinte años después, Zane McGulligee tenía... ¡setenta y dos hijos! y Wind Gardens alojaba ya a unas doscientas familias.

Harper apuró de un largo trago su jarra de cerveza y pidió otra a Cristos con un vivo chasquido de los dedos

—Una disertación muy erudita —aprobó el policía—. Y sí. ahora recuerdo la historia de McGulligee. a que apodaban el «Semental». Pero, ¿qué tiene que ver todo ello con esa historia tuya de monstruos carniceros?

Sybil entornó los ojos mientras bebía lentamente su cerveza, Observándola con atención Harper se dio cuenta de que el juvenil rostro carecía de todo rastro de maquillaje.

Mucho antes de que Zane McGulligee y sus numerosas esposas llegasen aquí, los salvajes guerreros cheyennes cabalgaban a lo ancho y a lo largo de estos llanos —narró la joven—. Seguramente ellos fueron espectadores de la deslumbrante irrupción en la atmósfera de aquel enorme aerolito...

—¿Un aerolito? ¿Dónde?

Sybil señaló el suelo con el dedo pulgar hacia abajo.

—Aquí. Según parece, ocurrió en 1610. El aerolito se hundió profundamente en el cauce del Hunter River y produjo una hondonada de unos cien metros. Pero durante dos siglos y medio las avenidas del río fueron rellenando el hoyo. Supongo que Zane McGulligee no lo advirtió. Pero ésa es la verdad: la ciudad de Wind Gardens está edificada sobre un enorme pedrusco extra terrestre que pesa billones de toneladas.

-¿Estás segura? -preguntó Harper, estupefacto.

— i Ah. Harper, cómo he de demostrarte la conveniencia de acudir a la biblioteca de cuando en cuando! —exclamó Sybil—. Ahi están todos los datos relativos a esta ciudad. Aunque debo reconocer que las autoridades se han esforzado siempre en ocultar la existencia de ese aerolito de ciento cincuenta metros de espesor por mas de seiscientos de anchura.

Harper reflexionó sobre lo que acababa de oír. Asi que la ciudad estaba asentada sobre una descomunal masa rocosa llegada de algún remoto confín del Universo...

— No tenía ni idea de ello —contestó, sincero—. Pero aún no alcanzo a entender que relación tiene ese aerolito con el caso Delaney.

Sybil miraba fijamente el contenido de su jarra de cerveza.

— Para no mentir, tampoco yo lo entiendo muy bien. Pero se me ha ocurrido relacionar un curioso pasaje del diario de Zane McGulligee (que se conserva en la biblioteca municipal como una reliquia del pasado) con el aerolito que tenemos bajo nosotros y, de paso, con los misteriosos sucesos de Gladmoore Lake —declaró.

— Expliquese —exigió Harper.

—Vaya a la biblioteca municipal y pida a la señorita Murphy que le permita ver los microfilmes del diario de McGulligee - respondió la periodista.

Consultó su reloj y añadió:

— Si se da prisa, aún encontrará allí a la señorita Murphy. Conseguirá lo que se propone, teniente. A la señorita Murphy le gustan los tipos como usted.

Terminó su cerveza de un largo trago y se marchó. Desde la puerta, Sybil alzó alegremente una mano en señal de despedida y desapareció.

— ¡Eh, espere, espere! —gritó Harper, chasqueado.

Pero cuando salió a la calle, Sybil Graham se alejaba raudamente en su motocicleta.

Harper volvió a la barra, terminó su segunda cerveza, abonó el importe al sonriente Cristos y salió.

Había decidido poner en práctica el consejo de la dinámica reportera de «The Moming News» hacer una visita a la biblioteca municipal.

A mediados del mes de agosto de 1851, yo mismo, Zane Alexander McGullígee, fui testigo de un hecho singular.

Varias de mis esposas venían quejándose de que, frecuentemente, observaban la desaparición de algunas gallinas y otras aves de corral, sin que existiera una explicación racional de estos hechos.

Por la mañana, la tela metálica que cerraba el gallinero aparecía destrozada en varios puntos, por donde, sin duda, penetraba la alimaña que se había engolosinado con nuestras aves de corral.

Yo mismo, armado de un revólver y una carabina, hice guardia en el granero Durante varias noches, sin que nada ocurriera.

Pero algunos días después, encontramos en el establo una vaca muerta, cuyo cuerpo había sido parcialmente devorado. Este descubrimiento nos impresionó fuertemente, pues no podía ser una pequeña alimaña, depredador suficiente para matar a una vaca y destrozarla tan ferozmente. Así pues me decidí a recabar la ayuda de varios de mis empleados, entre los que se encontraban el gigantesco Barry Sheefle, apodado "Long Pine", hombre de una fuerza hercúlea y un valor sin límites.

Durante el día, dispusimos un aguardo disimulado en la parte superior del granero, desde donde se dominaba la charca próxima que nos servía de abrevadero, la alambrada, el corral, el gallinero y la puerta de los establos, que dejamos atrancada por dentro.

Disponíamos de armas suficientes y de potentes quinqués de petróleo, con los que alumbraríamos el corral en cuanto aquel salvaje animal penetrase en mis dominios.

Eran las cuatro de la madrugada y todo estaba en calma. Ya

empezábamos a sospechar que nuestra noche de vigilia resultaría inútil, cuando escuchamos aquel gruñido estremecedor, que heló la sangre en nuestras venas.

Previne a Sheefle y a los demás hombres armados y forzamos nuestra vista para escrutar las tinieblas. Volvió a oírse el diabólico gruñido y las vacas mugieron, locas de terror.

De momento no pudimos percibir nada, pero al cabo vimos que algo alargado y de considerables proporciones se movía rápidamente junto a la valla. Oímos el chirrido espeluznante que producían unos colmillos al segar la tela metálica de la alambrada.

Di órdenes a mis hombres de que encendieran todos los quinqués cuando vi que aquel ser corría velozmente hacia la puerta del establo. Por desgracia, la cornisa del alero no nos permitía ver enteramente el cuerpo escamoso de aquella extraña criatura que en aquel preciso instante estaba arrancando gruesos pedazos de madera de la puerta del establo.

Yo disparé varias veces mi carabina, pero el bicho debió abrirse paso hasta el establo, pues un momento después pudimos escuchar el mugido agónico de una res.

Como el granero se comunicaba con el establo a través de un voladizo, corrimos hacia allá portando nuestros faroles.

Mis vacas mugían enloquecidas y se agrupaban en el fondo del establo, amenazando con derrumbar las paredes con sus potentes embites, que hacían vibrar los gruesos troncos que sustentaban la techumbre.

Allá abajo, detrás de las pesebreras, vimos a aquella diabólica criatura. Debía pesar mucho más que Barry Sheefle y Sus placas verdosas relucían como luciérnagas a la luz de los faroles y quinqués. Aquella especie de reptil de extraña forma había saltado al cuello de una ternera añoja y te había abierto una tremenda herida que chorreaba sangre. El bicho estaba lamiendo la sangre tan gozoso, a medida que brotaba del cuello destrozado a Dentelladas de la ternera.

No se movió cuando nos acercamos, apuntamos nuestras armas y disparamos a la vez.

Cuál no sería nuestro zozobra al comprobar que la bestia continuaba viva...!

A los pocos minutos y mientras recargábamos nuestras armas (que habíamos descargado sobre aquella mala bestia sanguinaria), el animal inmundado seguía lamiendo ávidamente la sangre caliente. Mas cuando el caudal de sangre se volvió insignificante, sus poderosas y

afiladas mandíbulas se abrieron y cerraron y arrancaron de la garganta de la ternera enormes pedazos de carne palpitante, que engulló prestamente.

Por segunda vez descargamos sobre ella nuestros fusiles. La descarga fue nutrida estábamos cuatro hombres que empuñábamos rifles, carabinas y revolveres de gran calibre. Pero todo fue lo mismo: la horrible criatura de cuerpo verdoso y cubierto de escamas ni siquiera se inmutó y continuó devorando la res ante nuestras propias barbas.

Finalmente, fue Sheefle, al que llamábamos "Long Pine", quien tomó una gran guadaña que estaba colgada en el muro y acercándose a la bestia con gran temeridad, alzó la larga hoja de la segur y la dejó caer con descomunal fuerza sobre la cabeza escamosa de aquella bestia de reptil, el cual se agitó violentamente cuando la hoja de acero traspasó su cráneo de parte a parte.

Tardó más de dos horas en morir y antes de quedar completamente inmóvil, destrozó en sus embates de agonía gran parte de la pesebrera, que estaba construida en piezas de roble de tres pulgadas de grosor (unos siete centímetros).

Al clarear el día, como digo, la bestia expiró y nosotros sentimos gran descanso y satisfacción. Mas como habíamos velado durante toda la noche y nos sentíamos muy ufanos de nuestra hazaña, despertamos a todas las personas que dormían en el poblado y las hicimos venir a mi establo, donde todos, grandes y chicos, contemplaron el cadáver de aquella bestia desconocida, con gran espanto y precaución.

Entre los presentes se encontraba aquel clérigo al que llamaban Jeremiah Julius Lañe, el cual poseía grandes conocimientos de zoología y otras ciencias.

A

la vista de aquel gran cuerpo propio de reptil, algunos dijeron que se trataba de un gran caimán de aquellos que permanecían entre el lodo cuando el cauce del río se secaba en verano. Pero el reverendo Lañe se mostró contrario a tales opiniones y les hizo observar a todos que aquella maligna bestia no poseía la larga cola propia de los saurios, ante lo cual aquellos que decían tratarse de un caimán, callaron.

Yo mismo pedí privadamente su opinión al reverendo Jeremiah Julius Lañe. Y él respondió con gran sensatez y cautela:

"Ten en cuenta. Zana Alexander, que el espíritu del mal puede adoptar apariencias externas diversas. He advenido que en esta aldea, a la que habéis dado en llamar Wind Gardens, es pródiga en pecadores y gentes de vida relajada y licenciosa no quiero creer de ninguna

manera que se refijera a mí, aunque me mirara fijamente, pues conocido es que yo, Zane Alexander McGulligee, tengo fama de hombre piadoso y considerado), los cuates, antes o después deberían recibir la visita de Satanás."

Como yo me sintiera muy sorprendido por estas palabras, quise saber qué significaban exactamente. Y el clérigo respondió: "La ira de Dios deja en libertad a las criaturas de las sombras, y éste es la prueba. Esa inmunda criatura que estamos contemplando no es sino una de las formas externas que suele adoptar Belcebú. Lo mejor que podéis hacer, es sacar ese cuerpo del establo, rociarlo con betún, azufre y alquitrán y quemarlo".

Decidí seguir al pie de la letra el docto consejo de aquel hombre justo. De modo que unimos dos caballos con los que pensábamos arrastrar al exterior aquel horrible cadáver, cuya visión largas noches provocó en mi espeluznantes pesadillas. Pero los caballos se espantaban cada vez que los obligábamos a penetrar en el establo, de manera que hubimos de sacar a la bestia nosotros mismos.

Como el clérigo había prescrito, cubrimos el cuerpo de azufre, betún y gran cantidad de keroseno y le prendimos fuego.

Surgió una gran llamarada verdosa y la carroña ardió durante horas enteras. Lo extraordinario del caso es que no llegó a consumirse del todo y nuevamente tuvimos que añadir nuevas cantidades de betún, kerosene y azufre, con lo que varios de nosotros estuvimos a punto de morir abrasados, pues del cuerpo surgían salvajemente las llamas como si el mismo Satanás atizase el fuego. Ya hacia el mediodía, el fuego se extinguió y solo quedó un pequeño montón de cenizas y una mancha oscura y pegajosa en el suelo.

Pero éste no fue el único suceso incomprensible que nos perturbó en la aldea. A las pocas semanas, nuevamente descubrimos horribles carnicerías que otras bestias (de la misma naturaleza que la que habíamos quemado! hablan producido en nuestros establos, porquerizas y gallineros.

Y hubo una gran tensión en el poblado y para la noche que dormíamos. A cualquier hora de la madrugada oíanse descargas de fusilería y despertábamos despavoridos. Y era que alguno de los nuestros había topado con alguna de aquellas bestias de color verde y cuerpo cotráceo que devoraban vorazmente nuestros ganados.

Barry Sheefle llegó a la conclusión de que, si el diablo estaba personificando en aquellas malas bestias, era imposible que en el infierno existieran tantos demonios (pues ya habíamos matado gran cantidad de aquellas sabandijas inmundas, a las cuales sólo podía

sacrificárseles clavándoles alguna herramienta muy afilada en la cabezal. Y dimos en pensar que el reverendo Lañe había errado y que aquellas indignas criaturas no eran sino alguna especie de raros reptiles desconocidos.

Hicimos batidas durante muchos días y finalmente fue descubierta una grieta profunda, a manera de sima, a unos doscientos metros de la aldea, en dirección al Sur.

Allí estuvimos apostados días y noches e incluso dejamos enterradas fuertes cargas de pólvora y grandes pedruscos con sus mechas correspondientes. Y una noche salieron en tropel las malas bestias que podían haber sido tomadas por infieles humanos si no fuera porque en lugar de caminar erguidos culebreaban como los reptiles. Así que hicimos explotar las cargas que habíanse dispuesto en la grieta y aquello fue una carnicería de bichos inmundos, los cuales al ser heridos jamás soltaban sangre, como hubiera sido lo natural. Con las explosiones, la sima quedó parcialmente cegada.

En los agujeros resultantes vertimos gran cantidad de betún, azufre, keroseno, pólvora e incluso alcohol, a todo lo cual prendimos fuego tras alejarnos a distancia prudencial.

Las rocas que saltaron por los aires hundieron los aleros de numerosas casas de la aldea, pero la grieta quedó cegada y nunca más volvimos a sufrir la avalancha de aquellas repugnantes criaturas que devoraban nuestros rebaños, aunque mas adelante dejo consignadas algunas otras peripecias tan maravillosas o más que estas mismas que aquí relato, para que las lean y sepan los que nos han de suceder...»

Capítulo 3

La ciudad estaba dormida.

Las calles, desacostumbradamente desiertas; apagadas las luces de las cervecerías y quioscos de helados y refrescos. Todo aparecía solitario y triste.

Solo eran las doce de la medianoche. Otros días, a aquella misma hora, las calles hervían de una animación pintoresca y ruidosa: familias con sus hijos más jóvenes, pandillas de jóvenes de uno y otro sexo, adultos que en grupos visitaban, una por una. las cervecerías...

Pero esta noche no. No habla nadie en la calle. Ej silencio era prácticamente absoluto.

Tanto que Evan Harpor redujo la velocidad y aflojó el puño del

acelerador de su «Honda» para no perturbar la honda serenidad.

Pero, ¿serenidad o... miedo?

Se había detenido ante un semáforo en rojo e incluso pudo escuchar perfectamente el *clic* que anunciaba la transición a verde.

Aceleró suavemente y se dirigió a la zona residencial oeste, donde tenía su pequeño hotel de Green Palms.

- La gente está asustada - pensó.

Y aceleró cuando alcanzó la ancha avenida de Frooker Row.

Al fin, todo el mundo conocía en Wind Gardens todas las particularidades de caso Delaney. Era del dominio público que el cuerpo descuartizado de Chand Detaney había sido hallado en un bote, en mitad del lago Gladmoore, que sus dos hermanos habían desaparecido misteriosamente y que la policía no había podido encontrar al autor de aquella imperdonable salvajada criminal.

Esa era la única razón de que los noctámbulos de Wind Gardens hubieran optado por encelarse en sus casas, aún a riesgo de morir asfixiados. Porque aquel día el termómetro había llegado a los 40 grados Celsius. Las fachadas de los edificios despedían aire ardiente, el asfalto quemaba aún y la temperatura era tan elevada que apenas se podía respirar.

En la zona de Green Palms, rodeada de verdor artificial, la temperatura era más soportable.

Evan Harper aminoró la velocidad, penetró en el caminito que antecedió a su casa y cortó el gas del motor de su moto ante la fachada del hotelito.

Entró y conectó el ventilador de la cocina. Abrió el frigorífico, dispuesto a prepararse una ensalada, pero en ese momento sonó el teléfono, instalado en el living.

Su ceño se frunció.

¿Otra vez Croftson?

Pero la voz que sonó en el auricular era más suave e íntima.

—¿Harper? Buenas noches, teniente. Discúlpeme que le moleste a estas horas de la noche, pero en mi casa hace tanto calor que no puedo dormir.

Evan reconoció inmediatamente la voz de Sybil Graham. Inconscientemente, el policía sonrió.

Ah, buenas noches, Sybil. Me disponía a prepararme una ensalada. Es un fastidio, ¿sabes?, esto de tener que hacerme la comida. En realidad, no tengo hambre. ¡Este maldito calor...!

-A mediados de agosto de 1851, se registraron 40 grados Celsius en la

aldea de Wind Gerdens -observó la joven, sin venir a cuento.

— Bueno, este verano va a ser particularmente caluroso. Las previsiones meteorológicas, así lo vaticinan —comentó Harper, desorientado.

— Y otro tanto ocurrió en aquel año, 1851 - insistió Sybil.

— No sé dónde quieres ir a parar, Sybil. Ignoro si tu trabajo te obliga a madrugar, pero a mí es probable que me llamen de comisaria en cualquier momento. Y considerando esto, no puedo perder el tiempo en conversaciones...

—¿Estúpidas, absurdas? —se oyó la alegre risa femenina-. Escuche, Evan: sé que estubo en la biblioteca municipal.

— ¿Qué yo...? —barbotó el teniente — . Pero, bueno, ¿es que no voy a tener derecho a mi vida privada? Dime una cosa, Sybil: ¿cómo supiste que estuve en la biblioteca?

-Elemental, mi querido Harper —bromeó le periodista — . Mi ático se encuentra a menos de cien metros del edificio municipal. Tengo unos excelentes prismáticos, que me sirven para otear todo lo que ocurre a mi alrededor Tuve la tentación de mirar hacia la fachada de la biblioteca y... le vi salir. Eran más de las once de la noche.

Harper murmuró algo entre dientes.

-Pues bien, ¡sil -masculló malhumorado—. Estuve leyendo ese absurdo diario de Zane Alexander McGulligee..

—¿Absurdo? -exclamó la periodista—. Tal vez. pero también apasionante. Y sigo creyendo que tiene que ver mucho con la tragedia del lago Gladmoore.

Harper se impacientó.

—Vamos, Sybil, no seas niña -exclamó— Para unas personas tan elementales como McGulligee y sus colonos, que desconocían la fauna de America. es lógico que se sintiesen espantados ante la invasión de aquellos reptiles... que en realidad no eran otra cosa que caimanes del Hunter River. Sí. esté demostrado que hace mas de cien años, había numerosos caimanes en las riberas herbosas del Hunter. Pero ya no queda ni uno. Por tanto, quítate esas locuras de la cabeza, vete a la cama y descansa tranquilamente.

Sybil tardó en volver a hablar. De tal forma, que Harper creyó que habla colgado.

-iSybil -exclamó-. ¿Está ahí?

— Si, teniente —respondió la joven mansamente—. Estaba pensando en uno de los pasajes del diario de Zane McGulligee Aquel que dice: *«Pero el reverendo Lañe... Les hizo observar a todos Que aquella maligna bestia no poseía la larga cola propia de los saurios.,»*, ¿ recuerda ?

-Divagaciones! McGulligee confiesa en uno de los pasajes de su diario que lo que más amaba en este mundo era una mujer joven y lozana

y... un barril de whisky de centeno. Eran grandes borrachines. Yo pienso que McGulligee escribió su diario bajo el influjo del alcohol. Y así...

— Espere, espere -estaba claro que Sybil no tenía ganas de dormir-. Hay otro pasaje muy revelante. Aquel en que Zane escribe: *»En una noche salieron en tropel las malas bestias que podían haber sido tomadas POR INFIELES HUMANOS SI NO FUERA PORQUE EN LUGAR DE CAMINAR ERGUIDOS CULEBREABAN COMO REPTILES«*. Esto viene a demostrar que no eran caimanes y otros reptiles parecidos, sino que aquellas «malas bestias» tenían, según Zane. proporciones humanas.

Harper estaba a punto de perder la paciencia. De todas formas, apreciaba a la agresiva periodista del "The Morning News» y trató de conservar la calma.

Y dijo:

— Mira, Sybil, interpretar al pie de la letra los pasajes del diario de McGulligee es descabellado. Zane era un borracho, casi analfabeto, y desconocía la fauna de este país. Por unto, no es sensato tomar sus desvarios como artículo de fe.

A través del hilo telefónico se oyó claramente el suspiro de Sybil Graham.

— Muy bien, Evan. Tiene derecho a pensar como quiera. Pero de momento, dispóngase a recibir un aviso urgente. Probablemente le llamarán de comisaría en pocos segundos...

— ¿Cómo lo sabe? —preguntó el policía, desconcertado.

-Tengo el teléfono en la terraza y sigo oteando el panorama desde esta privilegiada posición. Ahora mismo un coche-patrulla acaba de abandonar el garaje de la comisaría y se dirige hacia el Norte » toda velocidad. lleva encendida la luzdestellante!

Justo en aquel instante, el monitor-avisador conectado con el teléfono de Evan Harper comenzó a destellar en rojo: aquella señal indicaba que alguien estaba tratando de comunicar con él telefónicamente.

Desconcertado, pidió a Sybil:

-Un momento. Me llaman de alguna parte.

Colgó unos segundos y elevó el auricular.

En seguida resonó en su oído le voz del sargento Bunnígan.

—¿Qué ocurre, sargento?

Hubiera dado algo importante por poder comprobar que se trataba de una llamada sin importancia (y ello hubiera desautorizado los pronósiicos de la señorita Graham), pero no era así. Por el contrario, la voz de Bunnigan tenía vibrantes tonos de urgencia.

— No he querido llamar al corrusano. teniente. Pero acaban de llamar urgentemente desde el supermercado «Garrows». El vigilante nocturno parecía asustado. Dijo que varias personas estaban tratando de

destrozar la puerta metálica del almacén. Será mejor que venga.

--Voy en seguida —respondió Harper, disgustado consigo mismo.

Salió al exterior, dio un pedalazo a la motocicleta y rodó a gran velocidad a lo largo de Las calles desiertas. Ni siquiera respetó los semáforos... ¿Para qué? No había ningún vehículo a la vista.

Veinte minutos después se encontraba frente a la fachada del supermercado «Garrows».

El automóvil radio-patrulla se encontraba allí y su luz ámbar iluminaba a ráfagas la fachada pintada de azul celeste.

Cuando frenó bruscamente junto a la acera, vio la pequeña moto de Sybil Graham.

-(Maldita entrometida! -pensó el policía—. ¿Será posible que siempre me gane por la mano?

En efecto. Sybil se encontraba junto a la destrozada puerta de chapa ondulada del almacén del supermercado.

El agente Shaffers se esforzaba en convencer a la periodista que era imposible penetrar en el edificio.

— Déjela, Shaffers —pidió Harper—, No vale discutir con ella..-, ¿de todas formas se saldría con la suya

Sybil sonrió arteramente.

Fue entonces cuando Harper descubrió que la puerta metálica estaba forzada. La parte inferior aparecía plegada y arrugada como si una máquina bull-dozers hubiera chocado con ella.

— El sargento Bunnigan y otros tres agentes acaban de entrar, teniente le informó.

Sybil llevaba al hombro sus cámaras fotográficas. De su cuello pendía un magnetófono a pilas.

- Voy a permitir que entres ahí. conmigo —susurró Harper—. Pero has de prometerme que no publiques una sola línea ni una fotografía sin que yo te autorice.

La periodista alió cómicamente la mano derecha.

-¡Lo juro - respondió. Y se apresuró a seguir a Harper, que se había inclinado para pasar por debajo de las planchas arrugadas.

Avanzaron despacio a lo largo de un pasillo abierto entre altas pilas de fardos y cajas de cartón.

Alguien preguntó:

—¿Quién va?

Y Harper se identificó.

Al fondo del enorme almacén se veía brillar una luz. Avanzaron.

Bunnigan. Chace, Poters y Morris se encontraban allí. Morris les cegó momentáneamente, apuntándoles con una gran linterna.

Los policías rodeaban el cuerpo de un hombre caído en tierra.

Uno de los cajones de cartón estaba manchado de sangre.

Harper avanzó el busto y vio al hombre caído en tierra, en medio de un charco escarlata.

Era Budd Jefferson, el vigilante nocturno.

La sangre venida provenia de su pierna izquierda, horriblemente cercenada por debajo de la rodilla.

El hombre había perdido el conocimiento y Peters estaba apretándole un elemental torniquete en el muslo, para evitar que siguiera brotando la sangre de la espeluznante herida.

Harper retrocedió., dispuesto a impedir que la periodista pudiera contemplar aquel horripilante cuadro. Pero Sybil estaba a su derecha, pálida y temblorosa.

— Jefferson estaba dando alaridos; cuando entramos aquí -explicó el sargento Bunnigan-, No hemos tenido tiempo de registrar el edificio: este hombre hubiera muerto si no le hubiéramos atendido en la medida de nuestras fuerzas. Shaffers acaba de avisar a una ambulancia por el radio-teléfono. También hemos avisado al servicio de guardia del hospital. Atenderán a Jefferson en cuanto podamos trasladarle allá.

Harper asintió con un ademán.

— ¿Pudieron hablar con el? —inquirió, señalando al desvanecido vigilante.

— No. Pronunciaba palabras ininteligibles cuando llegamos junto a él. De repente, se derrumbó. El dolor que experimentaba debía ser atroz. Por fortuna, ha perdido el conocimiento...

— Pero su pierna...

Morris se apartó del grupo y registró los pasillos que dejaban libres las altas pilas de cajones.

Volvió un momento después.

—No he visto nada. No hay un reguero de sangre. Jefferson debió ser atacado en este mismo lugar - respondió.

Harper se agitó, inquieto. -Salga a la calle y diga a Shaffers que utilice el radio-teléfono. Es indispensable que contemos con todos los refuerzos disponibles. Tendremos que rodear este edificio y registrarlo desoe el sótano al tejado. Es posible que los asaltantes se encuentren todavía aquí —se volvió bruscamente hacia la periodista—. Y tú, Sybil, ve con el sargento Bunnigan y qué-date en el coche -como viera que la joven se disponía a protestar, su expresión se endureció—: No es momento de discutir. Haz lo que te digo.

Y ella asintió y retrocedió hacia la calle, en compañía del sargento.

Harper dirigió una desconfiada mirada a su alrededor.

- Permanezcan atentos —susurró a los agentes—. No me gustarla sufrir una sorpresa desagradable.

Chace alzó su metralleta y se situó en el largo pasillo transversal. En la

calle se oyó el alarido inquietante de una sirena.

Un minuto después, el vigilante era evacuado en una camilla.

Bunningan se acercó pasillo adelante.

- Lovvel ha conseguido comunicar con una docena de agentes. Vienen para acá inmediatamente —informó.

- Salga a esperarlos y dé las instrucciones necesarias. Que rodeen la manzana y no permitan acercarse a nadie. Es inútil decirles que si ven algo sospechoso, obren en consecuencia. Que disparen a las piernas a cualquiera que intente escapar de este edificio - recomendó Harper, tenso.

Por fortuna, el importante supermercado «Garrows» ocupaba una manzana entera, lo cual simplificaba la vigilancia exterior.

Mientras Harper esperaba la vuelta del sargento, llegó Lionel Harvey, el gerente del supermercado «Garrows»

Harvey estaba ya informado de lo sucedido a su vigilante. De todas formas, como acababan de despertarle, venía despeinado y confuso.

-¿Qué... qué es lo que puedo hacer

- preguntó a Harper. sin disimular su pánico.

-Usted conoce la distribución de las dependencias. Vendrá con nosotros. Vaya encendiendo todas las luces que encontremos a nuestro paso — le indicó el teniente.

Harvey caminó hacia el fondo del almacén y la estancia se inundó con la potente luz de centenares de tubos fluorescentes.

Con cautela, el gerente abrió la ancha puerta que comunicaba con el pasillo de las cámaras frigoríficas.

Unas de las cámaras estaba abierta y expandía delicioso aire frío a lo Largo del pasillo.

Pero lo que inmediatamente llamó la atención de Evan Harper fue el destrozado canal de ternera que les obstaculizaba el paso.

El piso estaba cubierto de piltrafas y esquirlas de hueso finamente pulverizadas.

Capítulo

4

QUE es esto? -chilló Lionel Harvey-. ¿Es que Tenian tanta hambre que ni siquiera esperaron a asar la carne?

Su sorpresa estaba justificada.

Porque el canal de ternera estaba parcialmente destrozado.

Peters dirigió el chorro luminoso de su linterna hacia el interior de la oscura cámara frigorífica.

De los garfios metálicos habían sido descolgados vanos canales, a algunos de los cuales —en el suelo— les faltaban enormes pedazos de carne.

— Encienda — pidió Harper al gerente.

Una tolvenera de vapor frío surgía potente del interior de la cámara. A través de la niebla se vio brillar una luz potente.

Entraron y contemplaron el desastre. Multitud de piezas habían sido desgarradas, destrozadas y parcialmente devoradas.

Contemplando aquello, Evan Harper sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal. Y el estremecimiento no estaba provocado por la baja temperatura que reinaba en la cámara.

-¡Gamberros! -chillaba Leonel Harvey-. ¡Es un destrozo inaudito! ¡Esto es propio de.. ' —masculló. Pero calló inmediatamente, sin saber continuar la frase.

Registraron por completo las dos plantas del gran supermercado. No hallaron nada anormal en la sección de confecciones, ni en la de menaje . zapatería, libros, discos, perfumería, licores...

Después de inspeccionar la planta superior, regresaron todos al piso bajo.

— Es extraño. No hay ninguna puerta forzada, a excepción de la del almacén -observó Bunningan, muy inquieto-. Cuando llegamos. Jetferson acababa de ser atacado... Es Decir. los intrusos no tuvieron oportunidad de escapar. Y sin embargo todas las secciones están vacías...

Harvey avanzó con unos pasitos nerviosos.

— Queda por registrar la planta sótano -anunció—. Almacenamos allí las existencias de varias secciones.

—¿Qué esperamos -exclamó Harper. impaciente-. (Guíenos hacia allá!

Dejaron a tres agentes vigilando el almacén y siguieron al gerente, que abrió una puerta metálica y descendieron a través de. los peldaños de hormigón que llevaban hacia el sótano.

— ¡No acabo de comprenderlo! —farfullaba Harvey-. ¡Esa puerta debería estar cerrada con llave.,,!

Se detuvo tan bruscamente que Harper chocó con él y estuvo a punto de despedirlo escalera abajo violentamente.

- ¡Qué diablos...? - gruñó el teniente.

Harvey se apartó de un respingo y le permitió ver media pierna de ternera que obstruía el paso en la escalera.

-Quizá huyeron por aquí. O tal vez se ocultan en el sótano

— siseó Harper, una vez superada la sorpresa.

Tuvo que empujar g Harvey con el cartón de su revólver, pues el gerente, tembloroso, no se atrevía a bajar. -¡Vamos, muévase!

Llegados abajo, comprobaron que el almacén era inmenso. Filas de estanterías de cincuenta metros de longitud se extendían hasta el fondo del dilatado local.

— Necesitaríamos un regimiento para registrar perfectamente todo esto —murmuró Harper. irritado—. Dígame una cosa. Harvey... ¿cree que alguien pudo llegar al supermercado a través de las alcantarillas? Al gerente le castañeteaban los dientes.

- No! Es decir, quizá.-. -Explíquese!

—Allá... al fondo, hay un cuartito. Es... es el registro de los... bajantes de... los ser... servicios sanitarios. Creo... creo que existe... una boca de alcantarilla - farfulló el pobre nombro.

- I Vamos hacia allá! —le instó Harper.

Bunningan, Peters y Chace dirigían penetrantes miradas a cada pasillo ante los que cruzaban a paso vivo.

Aparentemente, nadie se ocultaba allí. Pero...

La puerta del cuarto que había mencionado Harvey se hallaba al final del sótano. Era metálica, estaba pintada de pintura color naranja al plomo y... estaba entreabierta.

Cuando se acercaron a ella y la inspeccionaron, pudieron comprobar que la hoja estaba torcida, como si la hubieran violentado.

-¿Hay alguien ahí? -gritó Harper en voz alta. El silencio fue la respuesta. Finalmente. Bunnigan empujó la puerta de un patadón.

Dentro se escuchaba el rumor propio de los sifones de las alcantarillas-

Peters alumbró el cubículo y pasó dentro, La tapa de la alcantarilla está levantada! anunció, con un trémolo de inquietud en la voz.

Era cierto.

El circulo de hierro macizo descansaba sobre el piso de hormigón. Alrededor se veían pequeños charcos de agua hedionda.

,No comprendo nada! —exclamó Lionel Harvey— (Puede decime alguien qué es lo que ha ocurrido aquí? La inquietud los agobió a todos. Creo que llegaron al edificio a través de esa boca de alcantarilla opinó Harper.

- Está seguro

Entonces, la puerta del almacén, destrozada... — murmuro el sargento Bunnigan.

- Quizá el vigilante oyó algún rumor anormal y abrió la puerta metálica que conduce a la escalera —sugirió Hgrper. pensativo . Si los intrusos estaban aguardando detrás de la puerta, debieron sorprender a Jefferson y tal vez...

Es espeluznante' —gimió el gerente- ¿Por qué unos simples ladrones cometieron esa atrocidad? ¿Por qué llegaron al extremo de... amputarle una pierna? Harper se volvió hacia Harvey, impaciente.

Aún no sabemos qué sucedió aquí respondió- . Quizá la respuesta esté en que Jefferson sufrió un accidente.

Bunnigan no se atrevía a plantear la inquietante pregunta. Pero finalmente no pudo contenerse y exclamó:

Si Jefferson perdió su pierna por accidente... ¿dónde está el pedazo cortado?

En su fuero interno esperaba que, cuando Jefferson volviera en sí, sí es que se salvaba, pues la hemorragia había sido abundantísima! pudiera dar una explicación medianamente

razonable de los sucesos que hablan acaecido aquella noche en el supermercado «Garrows».

Finalmente, avanzó unos pasos hasta la boca de la alcantarilla, tomó la linterna de manos del agente Peters e iluminó el brocal.

—¿Qué es lo que hay allá abajo? —exclamó de repente.

Harvey exhaló un grito de susto, pero el sargento Bunningan y el agente Peters se acercaron.

El registro de alcantarilla debía tener una profundidad de unos cuatro metros. El haz luminoso de la linterna iluminaba unos peldaños de hierro empotrados en el muro cilíndrico. Allá abajo, se deslizaba una corriente de aguas negras.

- No veo nada —susurró Peters-, Sólo las aguas corriendo por la alcantarilla.

- Yo tampoco veo nada anormal - añadió el sargento Bunningan, agachado al borde de la redonda abertura.

Harper se impacientó:

-Había algo, ya lo creo! Me pareció ver un enorme pedazo de carne... Pero de repente (ha desaparecido! — exclamó.

Absolutamente decidido, guardó el revólver en el bolsillo, se agachó e introdujo las piernas en el registro.

- ¿¡Oué va a hacer? - preguntó Bunningan, perplejo y asustado.

-Creo que ahí abajo hay alguien. Vi moverse algo, estoy seguro. Voy a comprobarlo — respondió el teniente.

Y descendió rápidamente, descolgándose peldaño a peldaño.

Al fin se encontró en la atarjea, un angosto receptáculo de un metro cuadrado de anchura por dos de altura.

Se agachó y dirigió el chorro de la linterna en una y otra dirección.

Los que estaban arriba escucharon los disparos que hacía el teniente Harper y, lógicamente, se alarmaron.

— ¿Qué está ocurriendo ahí abajo? — inquirió Lionel Harvey. tan tembloroso que daba pena verte.

Harper emergió de la cloaca minutos después. Y todos le escudriñaron con avidez.

-¿Por qué disparó? —preguntó Peters, estupefacto.

— Vi a alguien que nadaba a favor de la corriente, en la cloaca. Y disparé, pero ignoro si acerté.

Miró a los presentes y añadió:

— Si quieren convencerse de que hay algo de verdad en lo que digo,

bajen y miren al extremo de la alcantarilla: una pierna de vaca obstruye la corriente fecal — testimonió.

SYBIL Graham vio salir a los policías a través de la destrozada puerta del almacén.

Cuando el teniente Harper se aproximó, la joven se *apeó* del autopatrulla y se reunió con el policía, ávida de saber.

- No hemos encontrado a nadie declaró Harper, sin necesidad de que ella hiciera preguntas—. Según parece, penetraron en el edificio a través de las alcantarillas.

—¿Oué significa, entonces, esa puerta destrozada? —señaló Sybíl las planchas retorcidas. El hombre se encogió de hombros. - No lo sabemos aún -dijo.

Se separó de ella y dio instrucciones en voz baja al sargento Bunnigan. Cuatro agentes armados de metrálletas montarían vigilancia alrededor del edificio del supermercado por el resto de la noche. Luego Harper volvió junto a la periodista. — Son las dos de la madrugada, Sybil. Lo más sensato es que vuelvas a casa e intentes dormir —dijo.

Ella le miró con fijeza.

— No sé Si podré dormir después de... de esto —respondió.

iNo seas niña' —se impacientó él—. No hay nada anormal en este caso —mintió—. Un asalto, un intento de robo. Eso es tobo.

— Eso es lo que piensa usted, teniente. Pero mi opinión no coincide con la suya. Algo me dice que este asunto guarda alguna relación con los hechos del lago Gladmoore —dijo la joven, reflexiva.

-No le busques tres pies al gato se enfurruñó el policía—. Vete a descansar. Buenas noches.

Caminó unos pasos y arrancó su motocicleta de un fuerte pedalazo. Antes de ponerse en marcha. Sybil estaba a su altura, montada en su pequeña máquina.

-¿Puedo ir con usted? -preguntó, suplicante.

Harper la miró, furioso.

— ¡Eres una verdadera paliza. Sybil Graham —gruño—. ¿Qué crees que voy a hacer a estas horas? Redactaré un sucinto informe para el comisario y me iré a dormir. No hay nada interesante que puedas hacer en mi compañía, excepto... sí deseas venir a dormir conmigo. Sybil le fulminó con una mirada.

— Gracias, pero no soy de ésas — estalló.

Aceleró ruidosamente el motor de su «moto» y se alejó a toda velocidad hasta perderse en la noche.

Harper distendió los labios en una sonrisa irónica y se separó de la acera. Dos coches policiales le siguieron en dirección a la comisaria.

Aún les faltaban quinientos metros para llegar a su destino, cuando el

auto-patrulla de Bunnigan le adelanto a toda velocidad. La luz anaranjada destellaba sobre el lecho del vehículo, que frenó violentamente veinte metros adelante. Harper llegó a su altura y detuvo la «moto». -¿Qué diablos ocurre ahora? -inquirió, irritado. — Un radio-mensaje de Lowell. Acaban de llamar de la residencia de pensionistas. Lowe" dice que el administrador ase gura que alguien ha destrozado una puerta y se ha introducido en el edificio. Gngsby, el administrador, ha conseguido encerrar al merodeador en la bodega — le informó el sargento. El rostro de Harper se ensombrecía.

«¿Es que no me van a permitir descansar en toda la noche'», se preguntó, malhumorado. - Está bien. Vamos allá - gruñó.

La residencia de pensionistas de Wind Gardens se encontraba al Norte, en la zona denominada Casev Fields.

Harper adelantó al auto-patrulla y rodó a toda velocidad por las desiertas calles que se dirigían hacia el Norte.

Quince minutos después se detenía ante el bello edificio erigido en lo alto de una colina.

Todas las ventanas de la planta baja estaban iluminadas. El resplandor, brillante, se reflejaba en las verdes frondas de los pinos que rodeaban el edificio.

Cuando Harper bajó de la motocicleta, los automóviles policiales escalaban la pendiente, a cien metros de distancia.

No aguardó a que llegaran.

De tres zancadas ascendió la escalinata de mármol y llegó a la puerta cristalera.

Alguien que debía estar aguardándote le abrió inmediatamente la puerta.

Se trataba de Ed Grigsby, el administrador del centro. Se mostraba tan inquieto y temeroso que apenas acertó a explicarse.

— (Está... está allá abajo, encerrado! ¡Dios mío. al fin han llegado ustedes! ¡Temimos que echara la puerta abajo' ¡Aunque la puerta es de sólido metal...! - farfulló.

—Tranquilícese. Ese individuo no podrá escapar —respondió el teniente—. ¿Hay alguien más levantado?

— Sólo William Cok. el vigilante nocturno. Fue él quien descubrió la puerta trasera destrozada... Cox debió dormirse. pues no oyó nada anormal. Tras descabezar un sueño, fue a hacer su ronda y encontró la puerta trasera destrozada por su parte inferior... ,Una puerta maciza, de roble, de tres dedos de grosor! - se lamentó el pobre hombre.

En aquel momento, los dos automóviles patrulleros llegaban ante la fachada de la residencia.

Harper se reunió con Cunnigan y le dio unas instrucciones. De los siete policías que acompañaban al sargento, cuatro se distribuyeron alrededor del edificio. Harper, Bunnigan y los tres agentes testantes

penetraron en la residencia.

Siempre en pos de Grigsby, que corría a saltitos, jadeando sin cesar, atravesaron un largo y espejeante pasillo, cruzaron una espaciosa y limpia cocina y accedieron a un pasillo inferior.

Al fondo del cual, aunque a respetable distancia de una puerta metálica, hallaron a William Cox, el vigilante. El hombre, de unos cincuenta años, aferraba una carabina entre las agarrotadas manos. Tenía el arma dirigida hacia la puerta del sótano.

— Creí que iba a arrancar la puerta de cuajo -murmuró, cuando Harper se aproximó a él—. ¡Tiene la fuerza de un bisonte enfurecido y gruñe como una bestia

Harper cambió una mirada de inquietud con Bunningan. Hicieron que el vigilante se apartara y Grigsby les entregó la llave de la puerta.

Intentaron escuchar algún sonido al otro lado de la puerta, pero el silencio era total, apenas turbado por el silbido de las respiraciones contenidas.

Grigsby, que estaba detrás de Harper, susurró:

-¡No logro entenderlo...!

—¿Qué es lo que no logra entender? - preguntó en el mismo tono el teniente.

-La puerta tiene un cerrojo de seguridad, ¿comprende? -respondió el hombrecillo—. Cuando Cox vio esta puerta abierta (siempre suele estar cerrada), tiró de ella y echó la llave instintivamente. Y en seguida advirtió que alguien había quedado encerrado. El merodeador golpeaba la puerta con tanta furia que temimos que la echara abajo... Pero lo cierto es que *ese individuo puede descorrer el cerrojo desde dentro*, ¿lo entiende?

Harper tragó saliva.

La conducta del individuo encerrado era de lo más absurda: había intentado escapar ciegamente, por la fuerza, sin comprender que le bastaría descorrer el cerrojo para tener vía libre.

Claro que aquel tipo ignoraba que en el pasillo le aguardaba el vigilante dispuesto a descerrajarle un par de tiros a la menor señal sospechosa.

Nervioso, Harper, echó una ojeada al pasillo. Era suficientemente espacioso, pues tenía casi dos metros de anchura. Los tubos fluorescentes empotrados en el techo iluminaban el corredor con toda claridad.

— El sótano tiene seis ventanillas de aireación. Pero ese individuo no podrá escapar -susurró a su oído el tembloroso

Grigsby—. Todas las ventanas poseen sólidas rejas de hierro.

Harper hizo una seña a Bunnigan para que se situase en situación

ventajosa, a dos metros de distancia de la puerta.

Ordenó retroceder a los demás y los colocó a izquierda y derecha, de forma que no se obstaculizasen entre sí.

En cuanto a Cok y el administrador, se situaron detrás de los policías, expectantes.

Bunmgan apretaba la metralleta entre sus crispados dedos cuando Harper volvió junto a la puerta.

De improviso, golpeó las sólidas planchas con el puño.

Y gritó:

— Policía (Salga de ahí con Las manos en alto!

La voz retumbó extrañamente en el pasillo

Pero al otro lado de la puerta no se produjo reacción alguna.

Harper insistió:

— ¡Es estúpido que trate de disimular! ¡Sabemos que está ahí! ¡Salga! No dispararemos si se entrega pacíficamente, pero no dudaremos en disparar a matar si se muestra violento... ¡Salga de ahí! ¡Sólo tiene que descorrer el cerrojo interior ¡Hágalo despacio!

Transcurrieron unos segundos.

El eco de los gritos del teniente parecía aún flotar en el aire, cuando escucharon aquel gruñido sordo al otro lado de la puerta.

Era un gruñido animalesco, bestial.

Impresionado a su pesar. Harper retrocedió unos pasos. Bunnigan murmuró una exclamación entre dientes.

Súbitamente, la puerta metálica vibró en sus goznes. Con tanta violencia, que Harper alzó el revólver y apuntó.

Extraños bramidos se producían en el interior del sótano. La hoja de metal crujía y temblaba, pero resistía tenazmente al Feroz imputeo de quien se encontrase al otro lado.

Cuando la furia cedió un poco, se oyó claramente aquel extraño rumor.

— Parecen zarpas de animal. — murmuró Bunnigan.

Asombrados y sobrecogidos, contemplaban el rectángulo de metal fijamente, sin dar crédito a la sospecha que comenzaba a insinuarse en sus cerebros.

Harper retrocedió y se reunió con Grigsby y Cox.

— ¿Están seguros que encerraron a un *hombre*? —preguntó el policía.

A Grigsby le castañetearon los dientes.

— Eso creímos, en principio. ¿Qué otra cosa podía ser, sino un ladrón?

— respondió el administrador, sin disimular su espanto.

Al otro lado de la puerta, había cedido aquella violencia desatada.

Harper se aproximó con cautela y acercó su oído a la hoja metálica.

En seguida percibió un jadeo profundo, anormal.

Y algo que parecía una zarpa rozó el metal sonoramente-

El policía se separó vivamente de la puerta cuando volvió a producirse

aquella especie de conmoción salvaje.

La hoja metálica vibraba como el parche de un tambor y el marco metálico comenzaba a removerse de su anclaje en el muro.

«Debe ser una fiera salvaje», pensó Harper, sin perder de vista la puerta. «Un oso escapado de algún circo, quizá un león o un tigre...»

No quería obrar de forma atolondrada, pero evidentemente algo debía hacerse.

Al fin, Harper se decidió.

El estrépito había cesado de repente. Le puerta no vibraba ya.

Harper retrocedió silenciosamente y alertó a los policías.

-Voy a abrir la puerta -advirtió a todos-. Abriré lentamente y tiraré de la hoja, protegiéndome tras ella. Si advierter-la menor señal de peligro, no duden en disparar.

Bunnigan le detuvo, asiéndole por un hombro.

-¿Qué cree que es *eso*-susurró-. ¿Un loco, un désequilibrado peligroso .. una fiera'

Harpet rió, nervioso.

—¿Quién puede saberlo? -respondió, tratando de controlar sus emociones—. Permanezcan atentos y hagan lo que les digo.

Le siguieron con la mirada. Cuando el teniente avanzó de puntillas, con el revólver en la mano derecha y la pequeña llave plana en la izquierda.

La llave se introdujo lentamente en le cerradura con un rumor apenas perceptible. Y la giró despacio hacía la derecha.

Como la puerta abríis hacia afuera, Harper aferró el tirador, dispuesto a abrir de golpe.

En aquel momento se oyó una apagada explosión y... las luces se apagaron.

Harper. que acababa de tirar hacía sí de la puerta, perdió la respiración al encontrarse en las tinieblas, entre el muro y la hoja metálica de la puerta.

Simultáneamente, a través del vano se vio fulgir un chisporroteo azulado.

Y luego resonó aquel bramido salvaje y unas garras arañaron violentamente el pavimento.

Harper pudo escuchar los gritos de los policías, el estrépito de las garras, el rumor que producía una metralleta al caer bruscamente a tierra.

Empujó la puerta con todas sus fuerzas y avanzó dos pasos, impulsando su espalda contra la pared.

En el pasillo restallaron dos detonaciones casi seguidas

Inmediatamente cayeron fragmentos de vidrio del techo y se oyó el alarido de Ed Grigsby.

Al fondo del pasillo, unas maderas crujieron sonoramente. En seguida, Harper pudo escuchar un horriblo estrépito que debía proceder de la cocina.

Absolutamente desconcertado, Harper tardó fin reaccionar.

Por fin, metió la mano en *el* bolsillo del pantalón y sacó un mechero, que se negó a encender a los primeros intentos.

A la débil luz de la llama, vio al sargento Bunnigan, caído en tierra y con los bajos de su pantalón caqui chorreando sangre.

— ¡Dios mío! -exclamó—, ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí?

Vio que se inclinaba sobre el herido, cuando del exterior llegó el restallido furioso de una ráfaga de metralla.

Por fin, alguien encendió una linterna.

Harper miró ante sí, incrédulo.

Los policías estaban en el suelo, contusos o heridos. Mas allá, el administrador Grigsby gemía, oprimiéndose el costado con ambas manos. Su blanca chaqueta de verano estaba empapada de sangre.

Cox se acercó al teniente con la linterna en la mano.

— ¿Qué... qué fue lo que...? - balbuceó el policía.

- No lo sé, teniente - respondió el vigilante - Sólo sé que escuché un bramido bestial. A contraluz del chisporroteo que surgía del sótano, vi avanzar una silueta corpulenta que avanzaba pasillo adelante ciegamente. Iba como... encorvado.

Bueno, perdí los nervios y disparé. ¡Ojalá no le haya acertado a nadie!

¿Dónde esté el teléfono más próximo? —pidió Harper. frenético.

- Venga conmigo. Yo le guiaré — respondió el vigilante. Quince minutos más tarde, un electricista de la policía reparó el transformador y la luz inundó las dependencias de la residencia de pensionistas. El pasillo anterior al sótano estaba manchado de sangre. Bunnigan tenía una tremenda cortadura en la pantorrilla. Chace tenía un largo arañazo en la cadera y Peters se había quebrado la muñeca derecha al ser derribado violentamente al suelo.

En cuando a Ed Grigsby. sufría fractura de tres costillas en el hemitórax izquierdo, arañazos profundos en el pecho y una herida de consideración en el antebrazo izquierdo.

Todos los heridos fueron evacuados con urgencia. Eran poco más de las tres de la madrugada.

Entretanto, los noventa y dos ancianos residentes, despertados violentamente en mitad del sueño, se mostraban inquietos y vociferantes.

¿Alguien puede explicarnos lo ocurrido? -demandaba el viejo Coronel Foster a cualquier persona a su alcance.

A las tres y media llegó el comisario Corftson. Dadas las circunstancias. Harper no había dudado en despenarte.

Naturalmente, el veterano policía arrastraba consigo una regular dosis de malhumor. Pero cuando Harper comenzó a explicarte lo ocurrido, el comisario cambió su irritación por un gesto de incredulidad. —Créalo o déje de creerlo -gruñó Harper, fatigado y tenso—. Pero eso es todo lo que puedo decirle.

Mientras los empleados de la residencia se esforzaban en calmar y devolver a sus habitaciones a los ancianos residentes, Corffson y Harper fueron a la cocina.

Se diría que un toro enfurecido hubiera atravesado la estancia: una de las hojas batientes estaba casi arrancada de sus goznes y ambas mostraban profundos arañazos a la altura de un metro.

Pero esto no era todo: había sillas volcadas, cacerolas y sartenes cubrían el suelo y una pila de platos se habían hecho añicos. La cristallera de la puerta principal estaba destrozada en su parte inferior, a pesar de que sus cristales eran de 'os llamados irrompibles.

Salieron.

-¡Eh. Martin! -llamó Harper. El policía que montaba guardia a veinte metros de la escalinata se acercó, metralleta en mano.

'-Cuéntelo al comisario lo que sepa —pidió Harper con voz cansada. El corpulento Martin jadeó.

— Verá, señor, yo apenas me enteré —expresó, confuso—. Acababa de escuchar dos disparos en el interior del edificio y la luz se había apagado. Fue en aquel momento cuando saltó destrozada la puerta de cristal.

Martin añadió que en los primeros momentos (acababa de apagarse la luz) no pudo ver gran cosa.

— Retrocedí hasta el coche más próximo y me disponía a encender los faros, cuando oí un extraño ruido y me volví. Alguien... algo atravesó los setos con un rumor de ramas partidas y arrancó de cuajo ese gran cactus -Martin sería un cactus espinoso de más de dos metros, caído sobre el césped y completamente destrozado—. Entonces disparé ciegamente. El bicho... ¿cómo podría llamarte? Chocó contra el automóvil con tanta fuerza que estuvo a punto de volcarlo. No lo consiguió, pero miren la huella de su paso.

El costado derecho del auto-patrulla presentaba un profundo rozón de más de tres centímetros de profundidad.

— Increíble - gruñó Croftson

Pero allí estaba la profunda abolladura que corría a lo largo del vehículo. La pintura estaba arrancada en toda la zona rozada y el metal de las planchas aparecía tan brillante como si el vehículo hubiera sufrido una colisión con una maquina pesada.

Croftson se volvió hacia el agente Martin.

-¿Cree que sus disparos hirieron a ese animal? —le preguntó.

Martin se mostró confuso.

— Yo juraría que sí. señor -respondió.

Se alejó unos diez metros y señaló con su linterna una especie de surco abierto en el verde césped.

— Pero examiné estas huellas cuidadosamente y no he podido encontrar una sola mancha de sangre — añadió.

El comisario nombró a tres policías para que siguieran el rastro en toda su extensión En seguida. Corftson volvió al radio-patrullero e hizo una llamada a la central. Estaba pidiendo refuerzos, incluso iba a valerse de la guardia nacional para rodear la zona de Casey FieWs y registrar meticulosamente ios alrededores, incluyendo las edificaciones y el «Club de Campo».

Evan Harper le aguardaba a unos pasos, fumando un cigarrillo detrás de otro. Se sentía fatigado, tenso y... asustado.

Ahora tenía la certidumbre de que ningún circo permanecía en la ciudad de Wind Gardens. Había un parque zoológico hacia el Sur. con unas cuantas docenas de animales salvajes.

entre los que se contaban dos leonas, un león, un tigre de Bengala, varios osos *grizzlies* e incluso una pantera negra. Pero ninguno de aquellos animales habla escapado de su jaula: eso era lo que, media hora antes, le había asegurado el director del Zoo.

- Era un animal, un animal, peligroso, una fiera salvaje -se repetía obsesivamente -. De eso estoy seguro. Pero ¿qué clase de fiera?

Capítulo

-6

TENiente Harperl -exclamó alguien surgiendo de entre el grupo de personas que se agolpaba a la puerta del hospital.

Evan. que seguía al comisario, se volvió un momento.

Pero al reconocer a Sybil Graham. el policía continuó ascendiendo los escalones De tres en tres, sin prestarle la menor atención a la joven reportera del «The Morning News».

Pero Sybil no se arredró. Esquivando los brazos de los dos agentes que intentaban detenerla en el vestíbulo del hospital, consiguió zafarse y penetrar en el establecimiento en pos del teniente Harper. Y ya allí, le tomó por un brazo sin demostrar embarazo alguno.

Evan se volvtó, encolerizado, y miró a la mujer fijamente.

-Sybil Graham -rugió, mordiendo las palabras-. No tengo nada que hablar contigo.

- Pero por que? -respondió ella, con expresión inocente. ¡Y lo preguntas aún... I —gruñó el policía, airadamente—. ¿Crees que no he leído la edición matinal de tu maldito periódico? «INQUIETANTE

MISTERIO ALREDEDOR DEL ASALTO AL SUPERMERCADO "GARROWS"» -declamó, frenético- . ¿No me prometiste que no publicarías nada sin mi consentimiento?

La culpa fue mia, por permitirte penetrar allí' ,Nunca debí confiar en una chismosa como tú...!

— (Pero, teniente...! -exclamó Sybil, dolida — . Tú no me prohibiste... Quiero decir, usted no me prohibió literalmente publicar lo que vi. Por otra parte, los ciudadanos tienen derecho a ser informados de cuanto ocurre en esta ciudad. No he contado otra cosa que la verdad. Dígame: ¿no es inquietante que aún no haya sido encontrada la pierna que fue cercenada al vigilante Jefferson? Y naturalmente, se trata de un caso misterioso, puesto que aún no se sabe qué pretendían... los asaltantes. - Lárgate —gruñó Harper por la comisura de los labios. Grafton, que se había detenido a unos pasos de distancia. contemplaba la escena entre el teniente y la periodista.

— ¡Ah. la señorita Graham, nuestra incisiva reportera! — exclamó el comisario, burlón. Miró alternativamente a Harper y preguntó—: Evan, ¿por qué no permite que la señorita Graham se reúna con nosotros?

Una sonrisa triunfal hizo destellar los picaros ojos de Sybil Graham. Harper llegó en una corta carrera hasta el comisario.

Pero, señor, ¿está loco? ¡Esa mujer es una verdadera entrometida y tiene verdadera obsesión por el periodismo sensacionalista! Créame, señor, sólo puede perjudicarnos. Su presencia aquí... —exclamó, astadamente, el teniente Harper, Grafton sonrió.

-No creo que sea tan peligrosa. Venga con nosotros, señorita Graham — insistió el comisario. Sybil hinchó el pecho, miró de reojo a Harper y se situó a la izquierda del comisario, al que siguió inmediatamente hasta la planta de ascensores.

Un ascensor les dejó a los tres en la planta cuarta.

Grafton se detuvo. Miró insistentemente a la guapa muchacha, aprobó su aspecto lozano con un leve movimiento de cabeza y declaró:

— Evan, es decir, el teniente Harper, me ha hablado acerca de sus curiosas hipótesis relacionadas con el caso del lago Gladmoore. Dice que usted le hizo unos sorprendentes comentarios acerca de ese curioso diario de Zane Atexander McGuilligee... Al parecer, usted, señorita Graham. cree que unos raros seres procedentes del espacio exterior, están encerrados en las profundidades de la Tierra, exactamente en el subsuelo de esta ciudad...

Sybil le interrumpió inmediatamente.

— Quizá el teniente Harper ha entendido mal mis comentarios. ..
— ¡Ah, ya veo! Luego fue un mal entendido por parte de Harper - se apresuró a decir el comisario.
— No en el sentido que usted parece interpretado, comisario Croftson. No creo que sean precisamente *unos* seres, sino unos a modo de embriones. Mi teoría, que la realidad actual viene a corroborar, es la siguiente...

Croftson miró ávidamente a uno y otro lado del largo pasillo, tomó a Sybil por un brazo y la apartó de la proximidad de los ascensores. Harper, que les siguió enseguida, pudo escuchar la recomendación que el comisario te hacía a Sybil en voz baja:

—Por favor, señorita Graham, baje el tono de BU VOZ. Esto no interesa a nadie más que a nosotros. Y ahora, dígame.

-Un gigantesco aerolito se estrelló en esta zona en 1610. Dos siglos y medio después, extrañas criaturas surgieron de una grieta abierta en la roca. Zane McGuigee los describió como «bestias muy voraces, de poderosas mandíbulas, capaces de matar fácilmente vacas y otros cuadrúpedos, animales feroces, ávidos de sangre y carne fresca, morfológicamente parecidos al hombre, aunque de un inquietante color verde y cubiertos de duras escamas coriáceas»... Eso puede leerlo cualquiera que se tome la molestia de consultar los microfilmes proyectables del «Diario de Zane Alexander McGulligeo» —relató la muchacha.

— Siga, por favor —pidió el comisario, sumamente atento, aunque Harper, a su espalda sonreía despectivamente.

— Creo que en el núcleo del aerolito que tenemos bajo nuestras plantas se encuentran los embriones (tal vez, huevos) de esos seres que aparecieron en Wind Gardens - siguió Sybil, imperturbable.

— Peto el aerolito era una masa muy dura, de metales parecidos al hierro...

— En un pedrisco de casi seiscientos metros de diámetro debían existir resquicios, intersticios o grietas. Repare en que el verano de 1851 fue especialmente tórrido. Se llegaron a registrar más de cincuenta grados centígrados. Y esto mismo está ocurriendo este verano.

—¿Y usted piensa...?

— Creo que las altísimas temperaturas que estamos sufriendo este verano (al igual que en 1851, no lo olvide) han propiciado el desarrollo de huevos o larvas que, convertidos en adultos, han conseguido llegar hasta la superficie. Estoy casi segura de que lo lograron a través de las cloacas...

— ¡Está loca...! —exclamó Harper en voz baja. Peto Sybil no le prestó ninguna atención.

— ¿Ha dicho a través de las cloacas? —consultó el comisario.

—He logrado averiguar que el teniente Harper descendió por un registro de alcantarilla en el sótano de Garowsa. ¿Le informó él acerca de lo que vio allá abajo?

Harper palideció.

— ¿Qué diablos tiene qué ver eso con...?

— Mucho, señor Harper -sonrió fríamente la joven—. Calculo que esas criaturas penetraron en el supermercado a través de las cloacas, que le sirven de espléndida red de comunicaciones bajo la superficie de nuestra ciudad.

— Pero tú dijiste que el caso Delaney, ocurrido en el lago, estaba relacionado con esa fantástica hipótesis de los monstruos incubados en el seno del aerolito —la interrumpió Harper—. Cómo crees que podrían trasladarse desde la red de alcantarillas *al* lago? Hay una depuradora de aguas intermedias, que lo impedirían...

— Yo he estado estudiando ese aspecto estos últimos días, teniente -afirmó Sybil, sin amilanarse-. Existe el obstáculo de la depuradora, en efecto. Pero lo que usted ignora es que el sector Oeste de la ciudad vierte directamente sus aguas residuales al río Hunter. Miren esto: es una fotocopia de un plano municipal. Aquí esta la cloaca principal que recoge aguas negras y las lleva al río. Como se trata de una zona residencial y no industrial, nuestras autoridades municipales dejaron para otra ocasión el construir una segunda estación depuradora de aguas residuales. Pero por aquí —señaló con un precioso dedo índice el trazado exacto de la cloaca-, esos seres podrían llegar al río Hunter y de allí al Gladmoore Laxe.

Sybil calló. Croftson reflexionaba.

-¿Y sí fuera verdad? -dijo de repente, girando el cuello para mirar al teniente Harper.

Se diría que Croftson digería con dificultades las ideas que Sybil Graham había expuesto.

Finalmente, miró a la joven e inquirió humildemente:

-¿Qué es lo que haría usted, Sybil, si fuera jefe de policía?

La joven periodista sonrió.

-Acaba de dar el primer paso positivo, comisario, con esa simple pregunta. Ello quiere decir que comienza a comprender que tengo razón. Bien... -expulsó el aire en un soplo que desahogó su pecho, se frotó las manos un tanto nerviosa y dijo:

— Creo que lo más urgente es cerrar el desagüe de esta cloaca —señalaba un punto en el plano municipal— que desemboca directamente en el Hunter River. a unos tres kilómetros de esta ciudad. Después sería preciso asegurar todas las tapas de alcantarilla de la ciudad, de forma que resultara imposible a esas criaturas emerger a la superficie...

— Pero eso es prácticamente imposible, señorita Grabam - opuso Croftson-. Debe de haber miles y miles de registros en las calles de Wind Gardens.

—Lo imagino -aceptó Sybil—. En fin. quizá haya otra solución.

-¿Cuál? -preguntaron Croftson y Marper al unísono. Evacuar la ciudad —respondió la periodista. El comisario resopló con fuerza. Y a! cabo confesó:

- No dudaría en ponerme al habla con el gobernador... si estuviera seguro de no quedar en ridículo. Pero, compréndalo, hasta ahora no tenemos pruebas tangibles de que insólitas fuerzas amenazan Wind Gardens. ,Si al menos pudiéramos capturar a uno de esos de esas criaturas!

En aquel momento, alguien les llamó la atención.

Era el doctor Miles, que se acercó a ellos y dijo:

— Budd jefferson está dispuesto a recibirles, comisario. No obstante, les ruego que la entrevista sea breve. Jefferson está fuera de peligro en cuanto a la herida de su pierna, pero su equilibrio psíquico tardará algunos días en recuperarse. Sígueme, por favor.

Croftson y Harper caminaron en pos del médico.

Cerca ya de la puerta de la habitación del vigilante del supermercado «Garrows». el comisario se volvió y advirtió que Sybil se había retrasado, tímida e insegura.

— Por favor, señorita Graham —la invitó Croftson—. ¿Quiere hacer el favor de acompañarnos'

CAPITULO 7

El breve interrogatorio a que fue sometido el vigilante Jefferson sólo arrojó gran dosis de desasosiego sobre el ánimo de los dos policías.

Según jefferson, poco después de la medianoche abandonó su cabina para hacer *la* primera ronda nocturna.

E l almacén permanecía a oscuras — relató—. Ya me disponía a encender las luces, cuando escuché los crujidos que provenían del pasillo de la sección *de* frigoríficos... Era como si alguien estuviera tronzando huesos...

El vigilante no llegó a conectar el interruptor general del almacén. Atraído por aquel inquietante sonido caminó aprisa hacia las cámaras.

— Sin embargo, un nuevo sonido me desvió nuevamente de mi camino. Este procedía del sótano, cuya puerta abrí...

Sólo se alumbraba con una linterna. En cuanto abrió la puerta...

— ¡Fue como un alud incontenible! —clamó Jefferson. agitándose sobre el lecho—. Algo... alguien me embistió salvajemente y sentí un dolor que desgarraba mis entrañas.

Apoyado en la pared, fui a palpar mi pierna izquierda y comprobé, horrorizado, que la sangre manaba inconteniblemente del muñón. Estaba a punto de desmayarse, pero aún tuvo fuerzas para arrastrarse pasillo adelante y utilizar uno de los teléfonos del almacén para pedir socorro.

— Poco antes de perder el conocimiento. escuché una baraúnda en los pasillos del almacén.

Varias sombras vertiginosas pasaron muy cerca de mi. Producían un jadeo profundo, como el de un gran animal, pero se desplazaban a velocidad increíble, inclinados hacia adelante. En aquel momento, entendí que no se trataba de ladrones, de personas... porque di caminar escuché un extraño rasgueo de zarpas sobre el piso de hormigón unos segundos más tarde, la ancha puerta de chapa ondulada resonó horribilmente.

Debieron escapar por allí -añadió Jefferson-- No sé más. Supongo que perdí el conocimiento. Y ahora... La pierna! ¿Qué va a ser de mi

A Sybil se le saltaron las lágrimas. Por fortuna, Harper la tomó por un brazo y la sacó de allí

Un momento después, el comisario se reunía con ellos

Sybil sacó un paquete de cigarrillos de su bolso y encendió uno con ademanes un tanto nerviosos.

- ¿Qué es lo que piensa hacer, comisario' — preguntó.

— Telefonar al gobernador, inmediatamente. Informaré estrictamente de los incidentes ocurridos en Wind Gardens desde que Graiman encontró el cadáver despedazado de Chand Delaney en un bote a la deriva sobre el lago Gladmoose. Se volvió hacia Harper y añadió:

— Evan, usted irá a entrevistarse con el arquitecto municipal y le pedirá que se ponga a nuestra disposición. Obtenga copias de los planos del alcantarillado y venga a reunirse conmigo en seguida a comisaría. Le estaré esperando.

Harper asintió con un movimiento de cabeza. Luego los tres tomaron el ascensor, descendieron al vestíbulo y salieron de la calle por una puerta de servicio.

El automóvil de comisario se detuvo suavemente ante ellos.

-¿Puedo... puedo acompañarle, teniente? -preguntó Sybil al teniente, con cierta timidez.

Harper se encogió de hombros.

- Ven, si quieres. De todas formas, empiezo a resignarme a contar con tu omnipresente compañía — respondió.

A pesar de todo. Croftson sonrió cuando les vio alejarse hacia el lugar donde el teniente había dejado su motocicleta «Honda».

-Deberíamos hacer las paces -susurró Sybil, que seguía a Harper con cierta dificultad, pues el pericia caminaba a paso vivo bajo el fuerte sol del mediodía.

Evan se detuvo bruscamente y miró a la mujer con el ceño fruncido. De repente, su hosquedad se transformó en una amplia sonrisa que deslumbró a Sybil.

—Está bien, sea -aceptó-. Al fin y al cabo, hasta el comisario acepta tu asesoramiento como la cosa mas natural del mundo.

Tomó la delicada mano femenina y la estrechó con calor. Por un momento, ambos se quedaron mirándose fijamente, pero al cabo Harper soltó la mano de la joven y reemprendió la marcha a grandes zancadas en dirección al aparcamiento.

Evan arrancó su moto de un pedalazo e invitó:

-Sube atrás.

Y se alejaron del hospital. De repente, Sybil dijo aquello:

- ¡Y pensar que ahora mismo estamos rodando sobre su guarida...!

Harper se estremeció ostensiblemente.

-¿Por qué tienes que hablar de ello? -protestó—. En realidad, todo esto me parece más una pesadilla que un hecho real.

Svbil se abrazó a él. El viento alborotaba caprichosa mente su dorada y sedosa cabellera.

—Si es cierto -susurró ella a su oído, para imponerse al estrépito del escape de la motocicleta —. Pero la pierna cercenada de Budd Jefferson es *un hecho real*. Ya puede imaginar lo que ocurrió con esa pierna.

— ¿Qué,..? —gritó Evan, que conducía a buena velocidad. -La devoraron esas criaturas -contestó Sybil.

Harper no hizo ningún comentario. El tema, era evidente, le desagradaba.

Pero Sybil tenía ganas de hablar.

Y siguió:

-Ya lo sé: es espeluznante, pero debemos afrontar la realidad, Evan... ¿puedo tutearle?

—Haz lo que quieras -gruñó él — . De cualquier forma. siempre te saldrás con la tuya.

— Pues bien: si quieres saberlo, te diré que algo semejante debió ocurrirles a Ted y Gloria, los hijos del ingeniero Delaney —pronunció ella.

Quieres decir... ¿que también ellos fueron devorados?

— exclamó el policía.

— Eso es lo que temo... ¿Qué otra cosa puede pensarse? Los hombres-rana han registrado el fondo del lago de forma exhaustiva. Y recuérdalo: Jos cuerpos de esos infelices niños no fueron hallados.

Harper tragó saliva.

Pero no pudo rebatir las palabras de la periodista. Interiormente debía darle la razón.

Harper detuvo su máquina ante un semáforo en rojo

El semáforo lució en verde y Harper arrancó.

Unos minutos después, ambos se apeaban ante el edificio del Ayúntamelo y penetraban apresuradamente en él

» • •

Al anochecer quedaron terminadas las obras en la cloaca secundaria del barrio Oeste de Wínd Gardens. Una nutrida brigada de obreros había instalado una foniSima reja en e' desagüe. Los barrotes eran de acero al cromo y median cinco centímetros de diámetro. Suficientemente sólidos como para resistir incluso al soplete de oxícorie.

La instalación se había llevado a cabo con resinas epóxicas diluidas con un poderoso catalizador, desdeñándose el cemento rápido que tardaría demasiado en endurecerse.

Tras comproba' la solidez de te obra, Evan Harper volvió apresuradamente a comisaría.

Mientras cruzaba las desiertas calles de Wind Gardens. no pudo dejar de percibir el clima de tristeza y soledad de que parecía impregnada la siempre alegre y dinámica ciudad.

La mayoría de los cines y locales de espectáculos estaban cerrados y apenas quedaban abiertas unas cuantas cervecerías, reservadas a los más recalcitrantes borrachínes.

Harper habla pasado toda la Urde supervisando la obra de la cloaca. Entre tanto, el comisario Croftson dirigía una ardua y complicada operación dirigida a asegurar las tapas de los registros de alcantarilla.

Con la disculpe de someter la red del alcantarillado a una fumigación contra las ratas, se había conseguido que todas las empresas y edificios de negocios, oficiales y privadas, cerrasen herméticamente los sumideros y registros, para k> cual se aconsejó depositar sobre las tapas v cieires correspondientes pesadas cargas o vehículos.

Todos los policías disponibles y los guardias nacionales estaban dedicados en aquellos momentos a realizar una Operación Similar en las vías públicas.

Para ello habían ideado un medio fácil y eficaz: situar camiones y otros vehículos sobre los registros de calles y plazas.

Algunas obras en el alcantarillado se habían clausurado con urgencia, taponando ios accesos con gruesas capas de hormigón armado y cubriéndolos con cientos de toneladas de relleno.

También se habla enviado un dt-stacamento de guardias nacionales a

la estación depuradora de aguas residuales, aunque en aquel lugar el peligro era mínimo, puesto que la mayoría de los desagües contaban con enrejados-coladores muy sólidos.

En cuanto al resultado de la conversación del comisario con el gobernador del Estado, Harper no estaba informado.

Cuando frenó su máquina ante la comisaría, la calle quedó bruscamente en silencio. Un silencio denso, angustioso, que parecía el preludio de la catástrofe.

Harper se apeó de la «moto» y dirigió una lenta ojeada a la calle.

Todo estaba silencioso, como muerto.

No se oían músicas, ni rumor de amables conversaciones, como hubiera sido lo lógico al final de una calurosa jornada estival.

Por eso, cuando se encaminaba ya al edificio de comisaría, se volvió bruscamente al escuchar el estrépito de un vehículo lanzado a toda velocidad.

Era un viejo «jeep» de desecho del Ejército, sin toldo, que conducía un individuo barbudo.

El vehículo expandió un chirrido muy desagradable al frenar violentamente ante la entrada a la comisaría.

El joven barbudo bajó de un salto y penetró en el edificio policial.

-¿Qué le ocurrirá a ese tipo? —se preguntó Harper, asombrado. Y entró en la comisaría.

Saludó al sargento de guardia y caminó aprisa pasillo adelante, en dirección al despacho de Croftson.

Tal como solía hacer habitualmente, empujó la puerta sin llamar.

Y allí estaba aquel individuo barbudo, que vestía pantalones cortos de deportes y una camisa sucia y llena de manchas de sudor bajo las mangas.

El joven parecía muy excitado y gesticulaba vivamente. Sybil Graham y el comisario Croftson le escuchaban sin interrumpirle.

-¿Qué ocurre? —preguntó Harper, intrigado.

— Este joven es Arnold McKinkley, del equipo de pesca de Nordville. Dice que él y otros cuatro amigos vinieron a pescar desde su pueblo al lago Gladmoore. Estaban buceando y descubrieron entre las plantas subacuáticas un enorme pez. tan grande como un hombre. McKinkley y otro de sus compañeros le dispararon sus dardos de acero Pero cuando arrastraron su presa a la orilla comprobaron que no se trataba de un pez... —informó el comisario, pálido el rostro mofletudo.

Capítulo

8

A las diez y media de la noche, los tres automóviles policiales arribaron a la orilla occidental del lago Gladmoore.

Guiados por Arnold McKinkley, los vehículos bordearon el lago. La orilla era muy hermosa en aquel lugar y por encima de las aguas emergían altos tallos de bejucos, bayones y otras plantas acuáticas.

—Un poco más adelante - advirtió el buceador al conductor del automóvil.

Siguiendo el ondúlame sendero, divisaron por fin la tienda de campaña.

Los excursionistas de Nordville habían colgado un quinqué a gas de la rama de un árbol. Cuatro hombres se encornaban en pie junto a la tienda, en actitud expectante.

Parecían mas asombrados que asustados, según pudo Observar Ha'Der. Los automóviles de la policía se detuvieron al borde del sendero. Del primer vehículo descendieron Arnold McKinkley, el comisario Ctofison, el doctor Bornes y el profesor Alian West, catedrático de Universidad y famoso zoólogo que pasaba sus vacaciones en Wind Gardens, donde había nacido. De los restantes coches se apearon el teniente Harper, la periodista Sybil Graham y hasta siete agentes de policía.

Al reunirse con el primer grupo, Sybil se alejó deliberadamente de la orilla herbosa y oscura.

Arnold McKinkley presentó a sus cuatro amigos, a los cuales pidió Croftson que hicieran un sucinto relato de lo ocurrido.

- ¿No se lo ha cortado Arnold? —exclamó uno de ellos, pelirrojo- Bien. Llegamos muy de mañana, decididos a pasar la jornada pescando. Cogimos un par de lucios bass de regular tamaño. Preparamos la comida, nos bañamos, comimos y nos echamos un rato a la siesta. A las seis habían vuelto al agua.

-Tenemos dos equipos de respiración autónoma, por lo que Arnold y yo nos sumergimos, ansiosos por capturar algún ejemplar de talla superior —añadió el joven de los cabellos rojos—. Desde el centro del lago nos acercamos a la orilla —señaló el próximo borde herboso—. Fue Arnold el que lo vio. Emergió y gritó: «¡He visto un pez colosal! Juraría que es un mero gigante, si no fuera porque los meros no son de agua dulce!». Así que nos sumergimos y avanzamos en dirección convergente hacia el punto que había señalado mi amigo. Vimos su sombra entre las plantas acuáticas. No parecía un pez muy rápido, pues se desplazaba con gran lentitud. En ese momento, soto podíamos ver su silueta, pues esta orilla quedaba ya en sombras.

Los dos pescadores dispararon sus fusiles de aire comprimido al mismo tiempo.

-fue un espectáculo impresionante! Esa criatura se debatía fieramente y nos arrastró muchos metros antes de que lograra romper los cables, que son de finísimo acero. Al parecer, se enredó en el verbazal y no fue capaz de salir. Saltaba sobre la superficie del agua y

lanzaba tales bramidos que quedamos aterrados, de modo que nos dimos buena prisa en abandonar el agua...

Aquella rarísima criatura había tenido una agonía lenta, que duró casi dos horas.

— Cuando se ponía el sol, vimos su cuerpo flotar sobre el agua fue entonces cuando comprendimos que no se trataba exactamente de un pez -añadió el muchacho pelirrojo-. Finalmente, nos atrevimos a meternos en el agua y a tirar de los cables. Pesaba una barbaridad. Arnold dice que más de doscientos kilos. Cuando lo tuvimos en tierra firme y le vimos, nuestro asombro fue intensísimo. Aquel animal no se parecía a nada de lo que nosotros habíamos visto antes. -

Tragó saliva y dijo:

— Pero, bueno, será mejor que lo vean con sus propios ojos.

—¿Dónde está? - preguntó Croftson, súbitamente seca la garganta.

Aquí, a unos quince metros de distancia. detrás de ese matorral — respondió el joven.

¿Seguro que está muerto? —quiso asegurarse el comisario.

— Eo es lo que creemos. Lleva más de tres horas inmóvil y, además, nuestros dardos penetraron profundamente en su cabeza y su cuello — aseguró McKinkley. Y añadió--: Es extrañísimo.

Ese animal no ha soltado una sola gota de sangre!

Oyendo esto, Harper se volvió y cambió una rápida mirada con Sybil Graham.

-Echamos una ojeada -propuso Croftson—. ¿Quiere venir, profesor West?

McKinkley descolgó el farol y los policías encendieron sus linternas.

Rodearon el frondoso matorral y miraron ávidamente, suspendidas las respiraciones

Es... es extraordinario! -murmuró el profesor West con un hilo de voz.

Sybil, de puntillas, miro por encima del hombro de Evan

Harper. Y vio un cuerpo de color verde sucio, que semejaba una enorme rana a simple vista.

Pero cuando avanzaron algunos pasos y avizoraron desde otro ángulo, vieron una gran cabeza acorazada en la que lo más relevante eran las prodigiosas mandíbulas y la erizada cresta sagital que recorría la cabeza desde el deprimido frontal hasta la espalda igualmente enzada de púas comeas.

— No existe criatura igual en la Creación —exclamó el profesor West, maravillado- . ¡Miren esos abultados ojos! Verdaderamente, no parecen ojos, sino ocelos semejantes a los de los insectos. Y sin embargo, sus características morfológicas guardan un inquietante parecido con la silueta humana...

Harper contemplaba fascinado a la descomunal criatura de largos brazos articulados en un codo y terminados en manos de cuatro dedos. Dedos gruesos y fuertes, terminados en enormes garras corvas.

Una cresta espinosa recorría los brazos desde los desarrollados hombros. Aquellas púas aguzadas y córneas debían cortar como el acero.

- Ahora me explico las heridas del sargento Bunnigan. del agente Chace. del señor Grigsby —susurró Harper al oído de la periodista-. La bestia no intentó atacarlos... Sencilamente: les hirió con esas púas en su intento de escapar ciegamente... ¡Y esos enormes y afilados colmillos! SI. indudablemente, pudieron dejar su huella en unos barrotes de hierro o destrozar una puerta de madera. La muchacha se estremeció.

— ¡Dios mío! Creo que hubiera muerto de espanto en caso de tropezarme a solas con una de estas criaturas... viva — murmuró, aterrada.

—Tú tenías razón —confesó Harper con voz ronca — . Yo fui un cretino negándome a creer lo que ahora parece evidente.

El profesor West había sacado una cinta métrica y ayudado por el doctor Barnes tomaba medidas a la monstruosa criatura.

— Un espécimen verdaderamente singular —comentó, incorporándose—. ¿Cómo habríamos de llamar a este ser? ¿Antroposaurio, quizá, puesto que posee características de reptil y sus formas recuerdan la silueta humana? ¡Pues bien, llamémosle así por el momento: ANTROPOSAURIO!

Con ayuda de los buceadores dieron la vuelta al Antroposaurio, aunque no sin esfuerzo. Pudieron apreciar así que la cresta sagital recorría todo el espinazo e iba a terminar en la unión de aquel robusto par de patas semejantes a las de las ranas, pues acababan en largos tarsos con garras, aunque no palmeados.

La espalda era un prodigio de simetría. Las placas córneas ajustaban tan perfectamente las unas en las otras que no dejaban el menor insierticio. Pero los dos pesados dardos de acero de los pescadores de Nordville se habían clavado certeramente en la enorme y pavorosa cabeza y en el ancho cuello articulado.

—Es un animal insólito - estaba diciendo el profesor West al comisario-. Como estos jóvenes dijeron, no parece que haya derramado una sola gota de sangre... Y sin embargo, estas tremendas heridas deberían haber provocado una intensa hemorragia...

Sybil comenzó a reaccionar. Superando su espanto, se separó de Harper. buscó una posición dominante, ajustó su cámara fotográfica,

se aseguró del buen funcionamiento del flash y disparó cuatro instantáneas.

- ¿Por qué hace eso ahora? - la recriminó Croftson -. | Ya tendrá tiempo de fotografiarlo cuantas veces quiera, más tarde

Sybii dejó escapar una risita nerviosa.

-Lo siento, comisario. Pero quiero asegurarme de que guardaré un recuerdo de este excepcional acontecimiento

— respondió.

Harper rodeó el grupo de personas que miraban al monstruoso animal y tomó a Sybil de un brazo.

Caminó con ella unos pasos hacia la orilla del lago y habló en voz baja e íntima:

- ¿No te parece extraño -¿A qué te refieres?

- A la presencia de ese... Antroposaurio en el lago. ¿No podrías estar tú equivocada en tus cálculos y el verdadero nido de esos monstruos esté en el fondo del Gladmoore?

— inquirió el policía.

Sybil dirigió una inquieta mirada hacia las cabrilleantes aguas del lago.

- No, no lo creo — repuso al fin -. ¿Oíste el testimonio de esos jóvenes? El Antroposaurio no nadaba bien, no poseía facilidad para moverse rápidamente en el agua. En cambio en tierra firme... recuerda las declaraciones de Jefferson

Según él, corrían vertiginosamente sobre el suelo... Mas bien me inclino a sospechar que algunas de esas criaturas tuvieron tiempo de escapar desde las cloacas al lago antes de que los obreros cerraran el desagüe de la vieja red de alcantarillado del barrio Oeste. |Si. eso debió ocurrir! La cloaca suponía una natural vía de escape para esos Antroposaurios... ¿Has visto sus ojos compuestos, formados por centenares o millares de ocelos? ¡Relumbran como diminutas esmeraldas! Estoy segura de que esas criaturas pueden ver perfectamente incluso en medio de las más espesas tinieblas...

Se volvieron lentamente hacia el grupo de hombres que rodeaba el cadáver del Antroposaurio.

El profesor West, muy excitado, iba de un lado a otro realizando mediciones y haciendo nuevos descubrimientos en aquel enorme cuerpo acorazado.

¡Es... es fabuloso! Yo diría que esta criatura no procede de nuestro planeta... |Y observen su notable apariencia humana! De no ser por estas placas, más propias del reptil que de persona, yo diría...

— ¿No irá a decirnos que este monstruo repugnante posee condición humana? —exclamó el comisario, indignado.

West le miró fijamente.

No se me ocurriría hacer ninguna afirmación en uno u otro sentido, señor Croftson -respondió el científico, con severidad—. Nada sabemos de esta criatura, pero en definitiva no creo que la apariencia externa guarde relación con el grado de inteligencia. Quizá para unos seres inteligentes, procedentes de otro mundo, nosotros, los hombres, no tengamos sino simple apariencia de monstruos o, en el mejor de los casos, de animales.

Croftson. tras la pequeña reprimenda, no hizo ningún comentario. Parecía enfurruñado.

En aquel momento, el disco rojizo de la luna se elevó sobre las copas de los árboles de la orilla oriental del lago Gladmoore.

Dio la sensación de que el astro nocturno ascendía rápidamente en el firmamento. Unos minutos después, su luz lechosa se reflejaba atractivamente en la superficie del lago.

Todos permanecían pendientes de las cultas apreciaciones del profesor West, cuando Sybil se volvió al escuchar aquel leve rumor en las aguas del lago.

Se volvió rápidamente. Los demás no parecían haber advertido nada sospechoso. Por eso el penetrante alarido de la mujer les pilló de improviso. Lo cierto es que el chillido femenino le obligó a respingar de puro espanto.

Trémula, pálida. Sybil señalaba las aguas del lago sin capacidad para pronunciar una sola palabra.

Harper pronunció una palabra gruesa ahogadamente.

Un bulto oscuro flotaba sobre la superficie del lago, a unos treinta metros de la orilla.

A contraluz, una cabeza emergía de las aguas. Los rayos de la luna arrancaron un verdoso brillo metálico de aquel cráneo acorazado.

El profesor West y el doctor Barnes retrocedieron, espeluznados.

— ¡Es., es...! —murmuraba el zoólogo, señalando con un tembloroso ademán el cuerpo que se aproximaba lentamente a la orilla. Un bramido profundo y terrible resonó en el borde del lago.

El formidable cuerpo cubierto de placas córneas avanzó

casi enhiesto hacia la orilla con un jadeo que erizaba los cabellos.

De repente, se produjo la desbandada.

Sybil volvió a gritar y retrocedió a toda prisa. Como caminaba de espaldas no vio dónde pisaba, tropezó con algo y cayó.

Al incorporarse, sus dedos palparon un cuerpo frío. provisto de escamas... ¡había caído sobre el cadáver del Antroposaurio!

En el paroxismo del terror, la mujer chillaba y chillaba sin cesar.

Hasta que Harper corrió hacia ella, la incorporó y la llevó en volandas hacia los árboles.

El Antroposaurio que acababa de emerger del lago había llegado a la orilla. Avanzaba despacio, un poco encorvado hacia adelante y de su cuerpo emanaba un relumbre verdoso a la luz de la luna.

Uno de los policías disparó nerviosamente su metralleta. Las estrepitosas detonaciones se confundieron con el bramido furioso de la bestia, que, indemne, avanzó sobre el sendero haciendo entrechocar sus mandíbulas con un tableteo que helaba la sangre en las venas.

Capítulo 9

Disparen, disparen" -gritaba Croftson como un energúmeno.

El policía que había vaciado un cargador sobre el cuerpo del Antroposaurio arrojó la metralleta y huyó hacia la arboleda, completamente desmoralizado.

Harper arrancó un arma de las manos de un indeciso policía, alzó la metralleta, apuntó y apretó el gatillo.

A contraluz, se vieron saltar fragmentos coriáceos del Cuerpo del animal, que se detuvo un momento. Pero luego el Antroposaurio siguió adelante, ileso.

— ¡Es inútil, inútil! -gritaba Crottson, excitado—. Las balas no logran atravesar esa coraza-..

Las balas no, pero...

De repente. Evan Harper echó a correr con todas sus fuerzas en dirección a la tienda de campaña de los buceadores de Nordville.

El monstruo se detuvo y le vio. Inmediatamente cambió su rumbo y caminó, erguido, en pos del policía

Sybil, que aguardaba protegida detrás del tronco de un árbol, dejó escapar un gemido de angustia.

Luego, Harper apareció en la puerta de la tienda de campaña. Empuñaba un fusil de aire comprimido, en cuyo cañón había insertado un dardo de acero.

El monstruo se detuvo y observó a Harper, que aguardaba inmóvil y agarrotado, contemplando el formidable cuerpo verdoso a la luz de la luna.

Resonó un bramido profundo, bestial, y las zarpas del Antroposaurio se agitaron temiblemente en el aire.

Sybil vio que Harper caía de rodillas.

Al principio, temió que Evan hubiera perdido repentinamente el ánimo y quedara inerte ante las fauces de la bestia.

Pero Harper afianzaba fuertemente el fusil y apuntaba.

El Antroposaurio avanzó lentamente y sus poderosas mandíbulas

produjeron un tableteo escalofriante.

Harper aguardaba absolutamente inmóvil.

Y al fin, cuando el monstruo estuvo a cinco metros de distancia, se oyó la vibración potente del proyectil de acero que surcó el aire y se clavó profundamente en la colosal cabeza acorazada.

Trémulos de espanto, los testigos asistieron a un espectáculo impresionante. El Antroposaurio acababa de desplomarse a tierra y se agitaba y bramaba como una furia.

Las ramas de los matorrales próximos saltaron tronchadas y desgajadas y hasta el tronco del árbol más próximo se estremeció ante los embites de la bestia, que lanzaba al aire espeluznantes bramidos.

Harper reaccionó en seguida. Volvió al interior de la tienda y salió al instante. Disparó un nuevo dardo. Y otro, y Otro...

Todos se clavaron en el cuerpo del Antroposaurio, cuya cabeza quedó atravesada por tres de los largos dardos de acero

Durante media hora, los asistentes presenciaron la larga agonía de la bestia.

Luego se oyó el zumbido que provenía de la radio del coche del comisario.

Todos vieron cómo Harper caminaba hacia el coche, atendía el radio-mensaje y volvía a aparecer en seguida

- Hay que volver inmediatamente a la ciudad' —gritó estentóreamente—. Mucho me temo que allá se haya desatado el pánico.

Trémulos, asustados todavía, policías y civiles, fueron abandonando sus escondrijos y saliendo al camino.

—Recójalo todo en seguida dijo Harper a los excursionistas -. Y no se olviden de traer los fusiles de aire comprimido. Gofson se acercó en una ridícula camarita. - Pero, ¿quiere explicarme qué esté sucediendo' - exigió. ~Diga a todos que suban a los coches —respondió Evan—. Acabo de recibir un radio-mensaje del sargento Lowell. Al parecer, algunos de esos Antroposaurios han invadido la granja de Leo Jones y dado muerte a medio centenar de sus corderos. Jones se ha encerrado en su casa con su familia, pero su situación es desesperada. Pero esto no es lo peor; al parecer, docenas de esos seres repugnantes han aparecido en numerosos puntos de La ciudad provocando el pánico. Lovvell dice que el auto-patrulla de vigilancia encontró el cuerpo despedazado de un hombre ciego en la calle Hoover. Asegura que miles de personas utilizan ya sus automóviles para escapar de la ciudad, aterrorizados. ¿Comprenden de ahora lo que está sucediendo?

Croftson no hizo ningún comentario. Se limitó a tragar saliva, aclararse la garganta y a dar prisas a todos para que subieran a los coches.

Detrás quedó el lago, los cadáveres de dos bestias y un triste farol de gas alumbrando tenuemente la orilla frondosa del Gladmoore.

Durante el trayecto hacia la ciudad, el comisario Croftson radió un mensaje dirigido al coronel jefe de la Base Cardigan

— Necesitamos su ayuda, urgentemente —pidió, después de describir la situación-. Vengan con tanques, con bazookas. con lo que estimen conveniente para combatir esta terrorífica invasión.

De la Base Cardigan llegó la respuesta a los pocos minutos: un batallón de comandos especializados se ponía *en* marcha en aquel momento con dirección a Wind Gardens.

A la una de la madrugada, los automóviles policiales arribaban a la ciudad desde el Sur.

Advirtieron que caravanas de vehículos cargados con toda clase de enseres estaban formándose en todos los barrios. La gente escapaba locamente, sin hacer caso a los policías y bomberos que recorrían las calles aconsejando calma.

— En cierto modo, quizá sea así mejor —pensó Harper-. Con la ciudad vacía y la ayuda de los militares, podremos desenvolvernos mejoren la lucha contra esa plaga de reptiles con forma humana.

Cruzaban la ciudad en dirección a la granja de Leo Jones, cuando asistieron a un hecho espeluznante: de un callejón de la derecha brotaron varias criaturas que atravesaron la calle en una vertiginosa carrera, corriendo a cuatro patas.

—¿Parecen enormes lagartijas...-exclamó Harper. demudado— . ¡ Y esos ojos, parecidos a los de los camaleones... !

Cinco Antroposaurios desaparecieron rápidamente entre las frondas del Wells Park.

Los tres vehículos policiales habían frenado en seco en mitad de la calle. El conductor del primer automóvil se volvió hacia el comisario y preguntó:

— Ahora... qué hacemos?

— Siga hacia la granja de Jones. Ellos necesitan ayuda urgentemente - respondió Crottson.

—Sí. pero ¿cómo vamos a ayudarles? Solo disponemos de dos armas eficaces: los fusiles de McKinkiey y sus amigos Me temo que no sean suficientes para luchar contra esos monstruos... ¿No lo ha visto? Al parecer, los Antroposaunos pululan por la ciudad a centenares, quizá a miles.

-Peto tapamos todas las alcantarillas! -exclamó Croftson. nervioso,

- ¿Cómo podemos estar seguros? Pudo olvidarse alguna o «ellos» encontraron otra forma de salir a la superficie — Harper se interrumpió bruscamente-. (Quizá haya un arma eficaz!

-¿Cual? —saltó inmediatamente Croftson.

— ¡El fuego! —los ojos de Harper relucieron, animados — . No he visto a ningún animal, grande o pequeño, salvaje o doméstico, que no tema al fuego! Y yo sé dónde encontrarlo, jefe. ¡Goldman. ponga rumbo a Gates Street y deténgase en los "Almacenes Logan»

~[Está loco! ¿Cree que podemos permitirnos perder el tiempo? Jones y su familia deben encontrarse en una situación desesperada - clamó el comisario.

— ¡Haga lo que le digo! insistió Harper. Y añadió —: ¡Apriete el acelerador cuanto pueda!

Los neumáticos rechinaron sobre el asfalto. A veces. Goldman se veía obligado a montar sobre la acera para seguir viajando, pues las filas interminables de los vehículos de los fugitivos colapsaban el tránsito en las calles de Wind Gardens

—Creo que Harper sabe lo que hace —susurró Sybil al oído del comisario—. Déjelo hacer.

A la una y veinte de la madrugada, los tres auto-patrullas alcanzaron la zona comercial.

Oe un callejón llamado Katherine Lañe surgieron tres Antroposaurios que se disputaban sañudamente el cadáver de un perro. Las monstruosas criaturas no dieron la menor muestra de inquietud ante la aparición de los automóviles. Por el contrario, uno de ellos acometió a dentelladas a otro de sus congéneres.

Sybil ae cubrió los ojos con las manos, espeluznada. Pero los automóviles siguieron adelante y poco después se detenían ante los «Almacenes Logan».

Harper saltó a la calle con una metralleta en las manos. A cinco metros de distancia, disparó una corta ráfaga de metralleta y el cierre de la puerta saltó, destrozado.

— ¡Vengan conmigo! —gritó el teniente a los cuatro policías que hablan abandonado los coches.

Pocos minutos después, Harper y los policías salían a la calle y cargados con extraños y pesados aparatos.

—¡Lanzallamas —exclamó el comisario, asombrado—, ¿Era eso lo que buscaba Harper?

—En efecto. Evan sabía que los «Almacenes Logan» venden esos lanzallamas para quemar amplias zonas de matorrales o rastrojos. Confieso que es una excelente idea aprobó Sybil, entusiasmada.

Media hora después, los policías llegaban a la granja Jones. En los amplios establos se oían enloquecidos mugidos y algunos animales habían roto uno de los corrales. A la luz de los faros vieron a un grupo de bestias que devoraban una vaca en medio de espantosos bramidos y entrechocar de mandíbulas voraces.

Harper se colgó a la espalda un lanzallamas y dio la ignición automática. Temerariamente, avanzó hacia las bestias en el momento en que un chorro de fuego brotó de la boca del aparato.

La llamarada abrasó las espaldas de los saurios. En medio de penetrantes bramidos y agitándose terriblemente, el grupo de bestias se disgregó y huyó.

Galvanizados por el ejemplo de Harper, los policías de Croftson registraron la alquería con sus lanzallamas a la espalda.

Al cabo, la aterrorizada familia Jones fue liberada y evacuada de la granja. Ninguno de ellos quiso mirar hacia los grotescos cuerpos achicharrados, algunos de los cuates aún se debatían en terribles estremecimientos.

Fueron dos horas de terrible angustia y tensión hasta que llegaron los hombres de La Base Cardigan.

Entre los militares, los bomberos, los guardias nacionales y dos centenares de voluntarios, se inició la tarea de registrar

Wind Gardens casa por casa.

Las bestias, que pululaban por doquier, huían despavoridas al sentir sus cuerpos abrasados. Naturalmente, se produjeron algunos incendios, que fueron rápidamente sofocados por los bomberos. La ciudad, vacía, permitía trabajar desahogadamente a los únicos hombres que habían sabido conservar la serenidad.

Aquella fue la noche más larga que recordarían las autoridades de Wind Gardens. Al amanecer, numerosas columnas de humo se alzaban aquí y allá, Pero los hombres, aunque derrengados y tiznados, se sentían satisfechos.

Por fin, Evan Harper pudo tomarse un respiro. Sybil sonrió al verle manchado de negro, las ropas en jirones y los cabellos chamuscados. Pero no resistió la tentación de besarle apasionadamente en los labios.

Te lo has merecido, Evan Harper. ¡Premio para el campeón! -rió la joven, nerviosa.

A primeras horas de la mañana, las autoridades decidieron gasear la red de alcantarillado. El gas venenoso penetró por los registros e inundó las cloacas durante muchas horas.

Al día siguiente, potentes ventiladores extrajeron el gas y varias brigadas de comandos y algunos policías registraron minuciosamente las cloacas. Descubrieron una ancha grieta de casi dos metros en la cloaca principal.

Una galería que mostraba huellas de zarpas les llevó a más de cincuenta metros de profundidad, donde se descubrió un nidal compuesto por millares de enormes huevos de treinta centímetros de longitud, todos los cuales fueron destruidos por el fuego hasta que

sólo quedaron cenizas.

El profesor West estaba dándose a todos los diablos. Un verdadero acto de vandalismo, una agresión a la investigación científica...! - clamaba el profesor, irritado-. ¡Quemar esos cadáveres, impedir el avance de la ciencia! ¡Es algo absolutamente imperdonable, comisario Croftson! Im-per-do na ble! —silabeó.

Croftson se frotó alegremente las manos.

amigo mío! Donde hay patrón no manda marinero. Fueron órdenes recibidas de arriba -exclamó-. Yo sólo podía obedecer. Y, verdaderamente, por mi parte prefiero olvidar que una noche Wind Gardens fue invadida por una legión de monstruos. Todo ha vuelto a la normalidad, la ciudad recobra su ritmo de siempre, nadie quiere hablar de eso. Me temo que no conseguirá nada lamentándose.

West se marchó bufando. Harper, que había asistido a la entrevista, se puso en pie.

- Bien. Hasta dentro de treinta días, comisario — dijo. -Esta bien. Largúese. Sé que está deseando marcharse.

También sé que compartirá sus vacaciones con alguien..,

- Así es sonrió Harper, sin disimular su satisfacción -Ah. Sybil perdió su cámara aquella noche, comisario. Luego no tiene nada que temer. El periódico no podrá publicar ninguna foto de... Bien, ya sabe. Feliz verano, comisario.

Y salió del despacho apresuradamente, temeroso quizá de que Croftson se arrepintiese. Pero el comisario se aproximó a la ventana y miró a través de las láminas metálicas de la persiana.

Sonrió cuando vio que Harper se reunía con Sybil Graham. Vio cómo ambos se besaban ansiosamente y también cómo montaban cada uno en su motocicleta, en cuya parte trasera se veían sendas maletas.

Y luego los dos jóvenes se alejaron velozmente y Croftson les perdió de vista.

- En fin suspiró-. Creo que se lo merecen.

FIN